

## INTRODUCCIÓN A *AITA TETTAUEN*\*

A nation does not just *have*  
a history. It *is* a history.  
Stephen Gilman.

**Francisco Márquez Villanueva**

### **Galdós en 1905**

En 1905 don Benito Pérez Galdós ha llegado a sus sesenta y dos años y casi cuarenta de una tensa y laboriosa vida literaria<sup>1</sup>. Goza de fama europea y es en España el autor más leído del siglo, pero se halla aun así lejos de revestir la figura de un cómodo morador del Parnaso de su tiempo. El estreno de *Electra* el 30 de enero de 1901 ha hecho de él un nombre más que nunca polémico, objeto de adoración popular en ciertos sectores, pero también de encarnizado aborrecimiento en las filas opuestas. Su situación económica dista de ser sólida, a raíz de un pleito acerca de la propiedad de sus obras que le abruma con una fuerte deuda. El escritor continúa envuelto en las clandestinidades de una ingloriosa vida sentimental que le acarrea más sinsabores que otra cosa. Ve extinguirse a su alrededor la generación coetánea de su familia y se halla en cuesta abajo de una afección oftálmica que lo llevará a la ceguera. Con toda su grandeza, Galdós no ejerce ningún cacicato en la vida literaria española. Carece de tinglados de poder y no tiene en realidad más vida que la de su cotidiana labor solitaria, a menudo silenciada u objeto de menosprecio<sup>2</sup>. Continúa absorbido por su labor creadora y, objeto de veleidades del público y de aviesas fuerzas adversarias, contempla todavía con ansias la aparición de cada nuevo libro y cada nuevo estreno suyo.

Don Benito lleva en Madrid desde septiembre de 1862. Nacido en Las Palmas de Gran Canaria en 1843, de una familia de clase media acomodada, vino con el propósito de estudiar Leyes, pronto desvanecido ante el atractivo de la vida de la corte, con los oropeles y miserias de pequeña urbe que desde el primer día le fascinaron y habían de permanecer como fondo inagotable para su obra. Vida de pensiones, tertulias de café, teatros y rondas por redacciones de periódicos, más que de estudios que pronto abandona del todo. En 1865 es acogido por *La Nación* del progresista don Pascual Madoz, donde publica artículos de crítica musical y vive las primeras impresiones políticas de una época agitada, que habrá de desembocar en el destronamiento de Isabel II por la revolución de septiembre de 1868. Recordará siempre la tumultuosa noche de San Daniel (10 de abril de 1865), donde hasta recibe un “linternazo” de la fuerza pública, y la luctuosa caravana de los sargentos del abortado cuartelazo de San Gil (junio de 1866), camino del fusilamiento, que no tuvo ánimo para presenciar, pero que le marcará con su horror para toda la vida. No es posible rehacer aquí su biografía: el tránsito por publicaciones

---

\* Nota del editor: Agradecemos al profesor Francisco Márquez y a Ediciones Akal su permiso para volver a publicar el “Estudio preliminar” a su edición de *Aita Tettauen* de Benito Pérez Galdós (Madrid: Ediciones Akal, 2004), por el alto interés que tiene para los estudios galdosianos.

periódicas cada vez más prestigiosas, hasta recalar en *La Revista de España* de José Luís Albareda (1871) y sus muchos años de presencia en las columnas de *La Prensa* de Buenos Aires, a partir de 1884. Viajes al extranjero a partir de uno a París en 1867, en que asegura haber descubierto apasionadamente a Balzac. Su primera novela *La sombra* acompaña en 1870 a *La Fontana de Oro*, que es también casi un *Episodio Nacional* sobre el trienio liberal de 1820-1823. Las amistades literarias que, en diversos grados de proximidad, tanto significaron para Galdós: por delante Pereda y Clarín, seguidos de Mesonero Romanos, Menéndez Pelayo, Emilia Pardo Bazán (episodio amoroso incluido), Francisco Navarro Ledesma, José Ortega Munilla. También su vida política de cronista parlamentario, su acta inmerecida de diputado “cunero” por un distrito de Puerto Rico (Guayamas) en 1886, el trato amistoso, pero distanciado, de Antonio Maura y de Cánovas del Castillo. Su trabajosa llegada a la Real Academia Española (1897) y casi nula participación posterior en la misma.

Perduran en 1905 su amor a la vida madrileña, el liberalismo adentrado como una segunda naturaleza, la predilección por Cantabria, donde restaura sus fuerzas y construye a su gusto una bella casa, hoy vandálicamente desaparecida. Y hay, también, nuevos pájaros en los nidos de antaño, porque Galdós no ha dejado nunca de meditar sobre la vida española y lleva sobre sus espaldas muchas desilusiones. Ha visto, sobre todo, el fracaso del liberalismo, narcotizado al final bajo una Restauración en la que nunca creyera y cuya lenta agonía se ofrece palpable en los umbrales del nuevo siglo. Es obvio que Galdós ha sido tan sacudido como el que más por la catástrofe del Noventa y ocho<sup>3</sup>, (Ávila Arellano; Dendle, *The Mature Thought* 3) en que sólo ha visto la confirmación de sus temores más pesimistas. Afina por eso su oído a las realidades colectivas, consciente de los nuevos peligros que ahora rondan al acecho. Son acicates perentorios, que le ponen en trance de replantear convicciones de toda su vida para abrirse a la idea republicana y al socialismo (Ortiz-Armengol 646 y ss.; Fuentes). El viejo nacionalista de *Trafalgar* y *El equipaje del rey José* se declara ahora entusiasta del laicismo radical de Ultrapirineos (Blanquat; Dendle, “Galdós et la visite”). El Galdós de siempre vive días penosos, pero no se halla exhausto ni vencido.

Don Benito, que ha visto desfilar ante sí el romanticismo tardío y el naturalismo, se renueva con moderadas dosis de Schopenhauer y Tolstoi. Sólo Rubén Darío (y ello es crucial) queda fuera de su jardín interior<sup>4</sup>, pero su estro había sido siempre integralmente narrativo y no lírico. Sabe Galdós tomar el pulso del nuevo siglo y abrir su ventana a los aires espiritualistas de la Europa fin de siècle, muy en especial a los que soplaban de Rusia. Galdós no se hace ilusiones nostálgicas sobre el desgaste de lo decimonónico en sus dos polos de irresponsabilidad romántica y de sequedades positivistas. Los tiempos se han complicado, grandes transformaciones llaman a la puerta y es preciso partear una literatura (una novela) reconciliada con la idea de un arte más propicio al libre juego del matiz y de la fantasía. Por supuesto, nada de aquello venía de por sí fácil y sin una medida de lucha y tanteos ni en él ni más aún en los públicos. Quede dicho con toda claridad: en 1905 don Benito no ha dejado de ser un autor “joven”.

## Los Episodios Nacionales

Los *Episodios Nacionales* de Benito Pérez Galdós cuentan como uno de los grandes monumentos de la novela europea en los siglos XIX y XX. Constituyen un *corpus* de cuarenta y seis volúmenes distribuidos en cinco series, integradas cada una por diez títulos a excepción de la quinta, que el autor no pudo terminar. La primera, publicada entre 1873 y 1875, abarca el período de fines del reinado de Carlos IV y guerra de la Independencia (1805-1813). La segunda, de 1875 a 1879, el forcejeo entre liberales y absolutistas bajo Fernando VII (1813-1834). La tercera serie, aparecida de 1898 a 1900, recorre los años de guerras carlistas hasta el matrimonio de Isabel II (1834-1846). La cuarta, entre 1902 y 1907, cubre los altibajos de la pugna entre moderados y progresistas hasta el destronamiento de Isabel II (1848-1868). La quinta, última e inacabada (de 1908 a 1912), el reinado de Amadeo I, la primera República y la consolidación final de la Restauración borbónica (1869-1882).

Según las *Memorias* del propio autor, a principios de la década de 1870 se encontró planeando unas cuantas novelas breves de tema histórico a que su amigo el inteligente periodista José Luís Albareda le estimuló a dar continuidad y coherencia:

Hablaba yo de esto con mi amigo Albareda, y como le indicase que no sabía qué título poner a esta serie de obritas, José Luís me dijo: “Bautice usted esas obritas con el nombre de Episodios Nacionales”. Y cuando me preguntó en qué época pensaba iniciar la serie, brotó de mis labios, como una obsesión del pensamiento la palabra Trafalgar<sup>5</sup>.

La crítica ha desconfiado después bastante de esta explicación a la ligera (Pattison)<sup>6</sup>. Aunque escritos en su mayor parte con increíble rapidez, *Los Episodios Nacionales* distan de ser una colección de novelas facilonas o lanzadas sin una intensa maduración. Lo que ocurre es que Galdós prefería quitar importancia u ocultar del todo esa tarea, puesto a disimular sus fuentes y su grado de dependencia de éstas. Lo mismo también que el hecho de que, por lo común, no encontrara cantidad ni calidad de materiales apropiados para el tipo de documentación (memorias, relaciones de primera mano, epistolarios) que más precisaba para aquel tipo de labor. Galdós se esforzaba por lo mismo en informarse a través de la comunicación privada de supervivientes y testigos presenciales, como sabemos fueron el famoso Mesonero Romanos, los descendientes de Zumalacárregui, Vázquez de Mella, viejos republicanos, un grumete de Trafalgar, con el que todavía alcanzó a conversar en Santander, y la propia ex-reina Isabel II.

Tuvo la primera serie muy buena acogida de público y, a pesar de no ser ni con mucho el mejor, *Trafalgar* es hasta hoy el más leído (y con desdichada frecuencia el único) del casi medio centenar de *Episodios Nacionales*. Galdós no es el creador de la novela histórica española en un sentido de prioridad cronológica, en que se le anticiparon Mariano José de Larra (1809-1837) y Enrique Gil y Carrasco (1815-1846)<sup>7</sup>. Sí lo es sobre un plano más moderno, capaz de plasmar el latido profundo de la historia y no un mero reflejo mecánico de la misma, como ocurría a manos de Manuel Fernández y González (1821-1888) o de tantas caprichosas ensoñaciones románticas.

La historia constituye una presencia de siempre en cuanto materia para la literatura, pero funciona en realidad como pura guardarropía hasta la novelística de Walter Scott (1771-1832) (Gogorza Fletcher; Schraibman 175; Alonso, "Lo español" 213; Regalado García 133 y ss.)<sup>8</sup>. Fue éste quien por primera vez supo crear personajes y comportamientos humanos no en función de una determinada fábula, sino a partir de su arraigo en la peculiaridad de un determinado momento histórico. La herencia del racionalismo de la Ilustración ha permitido ahora entender no tanto la naturaleza como la necesidad de los cambios históricos, en respuesta a una autonomía de búsqueda e incesante cambio<sup>9</sup>. La magnitud de las transformaciones suscitadas por la revolución francesa y las guerras napoleónicas en el curso de un cuarto de siglo han vuelto palpable para el siglo XIX lo relativo del tiempo cronológico, igual que su desfase con la capacidad de aceleración latente en determinados momentos de la vida colectiva. La caída del Antiguo régimen en favor de un protagonismo de masas, la ascendencia imparabla de las clases medias, la fuerza de la idea nacionalista para poner en pie a los pueblos adueñados de sus destinos. Convulsiones violentas y cambios palpables que pedían a la literatura un testimonio en profundidad ajeno también a los planteamientos del pasado y que por ello ha de correr a cuenta de la novela, en cuanto alternativa genérica basada en una flexibilidad no preceptiva ni hipotecada por un pasado académico. La gran novela histórica del XIX no tiene por eso como objeto el estudio de los hechos, sino su proyección figurada sobre las vidas y sentimientos de seres atraídos al flujo de su incontenible devenir. Las grandes figuras históricas dejan de interesar *per se*, bien eclipsadas por cualquier personaje de filas, o bien por vistas a la misma escala de estricta individualidad de los demás hombres o mujeres cuya temporalidad comparten. La novela histórica se opone de esta forma tanto a la doctrina aristotélica sobre el poema épico como al concepto romántico de la historia (Carlyle) movida por un puñado de héroes. Abierta a la totalidad de la experiencia humana, la novela vivifica ahora al hecho histórico, abocándose a una amplia cobertura de cuanto hoy entendemos por los aspectos culturales de la alteridad que fijan un determinado momento en el tiempo. Y es así como la novela histórica ha podido ser clave y punta de lanza para el realismo narrativo de los siglos XIX y XX.

Es preciso dejar en claro, a partir de tales supuestos, la medida en que los *Episodios Nacionales* buscan sólo la "lección vital de la historia" (Alonso, "Lo español" 214) y no son ni pretenden pasar por libros de investigación arqueológica. Tras asimilar con inteligencia (equilibrada de distanciamiento) a Walter Scott, Balzac, Dickens y Erckmann-Chatrian<sup>10</sup>, Galdós recorre el siglo XIX, infundiendo el soplo de la vida a un largo padrón de personajes (unos dos mil) extraídos casi todos del anonimato y movidos por la dinámica irrevocable de los cambios sociales. Su objetivo es re-crear no los mismos hechos históricos, sino cómo éstos pudieron afectar a hombres y mujeres que, a su vez, contribuyen a moldearlos. De ahí la atención dispensada a la cotidianeidad de lo en apariencia pequeño: indumentaria, mobiliario, diversiones, gastronomía, lo mismo que a política, poesía o música. Como gran tema o presencia de fondo, el ímpetu con que la burguesía liberal parece destinada a rejuvenecer una existencia histórica osificada por espacio de siglos (C. Lida)<sup>11</sup>.

Galdós termina por habitar un mundo en que novela e historia borran sus fronteras, porque la primera no puede prescindir de la realidad exterior y la segunda es siempre una visión personal, en deuda con la palabra si desea revestir fuerza y belleza. El mayor atractivo de los *Episodios Nacionales* son las que habrá que llamar sus continuas y múltiples “imágenes narrativas”, en que la gran historia se repite, a condigna escala, en las vidas de sus más modestos personajes. Como balance final no, según se ha ya dicho, una obra científica, pero sí una reflexión creadora acerca del siglo XIX español no superada tampoco hasta el día por ninguna historia académica<sup>12</sup>.

### Las series tardías

Contra una distinción superficial entre los *Episodios Nacionales* y las piezas agrupadas como *Novelas contemporáneas*<sup>13</sup>, Galdós ha vivido fascinado por la Historia también en estas últimas. Su empeño era personal hasta un extremo doloroso: quería sentir la vida de cada personaje para “influir en el modo social de ser de los españoles y mejorar su índole política” (Alonso, “Lo español” 205). Planteándose la tarea de crear algo parecido a una *intrahistoria* unamuniana de la España del siglo XIX (López Morillas 273; Artilles; Regalado García 268) a través de una reflexión de toda su vida en el arte, el escritor no ha perdido nunca de vista la misión ampliamente educadora, pero no dogmática, de su obra. Conforme a un siempre complejo diagnóstico, su visión de la historia aparecerá de hecho devanada entre el triángulo de religión, sexo y política.

Dicha finalidad inmediata y hasta, si se quiere, sanamente utilitaria, impone una valoración del hecho histórico en la inevitable perspectiva del momento en que éste es plasmado por Galdós. Los *Episodios Nacionales* no son por eso crónica noticiera, sino iluminación del nexo entre presente y pasado o, si se prefiere, una modalidad de profecía *ex post factum*, cuya verdadera razón de ser yace en sus fechas de redacción y no en su cronología externa. Se ha vuelto, por ejemplo, lugar común señalar cómo la misma *Fontana de Oro* maneja el fracaso del Trienio liberal para advertir de los errores que en ese momento amenazan malograr la revolución de 1868.

Si el eje ideológico e intencional de los *Episodios Nacionales* permanece inalterable, la naturaleza y amplitud del proyecto determinan un continuo desafío a la diversificación de sus recursos técnicos. Galdós planea las series en torno al concepto orgánico de una determinada etapa histórica, cuya configuración es previa y determinante de los relatos en que aquéllas aparecerán divididas (Bush 33; Montesinos 3: 89). El esquema clásico o predominante requiere un protagonista común, cuya expresión más sencilla es Gabriel Araceli, el pillete transformado por la batalla de Trafalgar y del que la guerra de la Independencia hará en la primera serie un cumplido burgués, liberal y patriota. La segunda serie habrá ya de dar alguna vacación al activista liberal Salvador Monsalud para ceder el paso en *Los cien mil hijos de San Luís*, a una encantadora voz femenina (Benítez). La tercera se inicia con Zumalacárregui, la novela unipersonal no de éste, sino del sacerdote José Fago, a través del cual se vive el contrasentido de la

religión y la guerra, esto es, el fondo del vaso de todo el conflicto carlista. A partir de *Mendizábal* (1898) vendrán las aventuras de Fernando Calpena, el romántico que mezcla su tempestad sentimental con las del cuerpo político español y que adorna la serie con la gran novela epistolar que es *La estafeta romántica* (1899). El esquema del protagonista continuado desaparece en la cuarta serie y se reasume en la quinta con la figura de Tito Liviano, si bien ahora un personaje semi-irreal y por entero alegórico de las miserias físicas y morales de la Restauración.

Conforme al cuadro de una sociedad acéfala, sin héroes y en trance de honda transformación, Galdós procede en la cuarta serie a un corte sagital de aquélla. Irrumpe en los *Episodios Nacionales* por primera vez un pujante proletariado, con la primigenia o “celtibérica” familia Ansúrez. La nueva aristocracia del dinero a que se agarra Pepe Fajardo, en su nostálgico curso de filósofo a encumbrado parásito social. La bullente burguesía madrileña, alterada por revoluciones económicas y sexuales mucho más auténticas que las políticas. Los reaccionarios clericales, a un paso siempre de las palancas del poder. El ejército con sus espadones en perpetua agitación conspiratoria. El amargado cura Merino, maravillosamente entretejido por Galdós en su acción novelística. Como grandes telones de fondo, la tríada política de Narváez, O'Donnell y la de los Tristes Destinos que ella misma se busca. Último acorde sinfónico, el fragor bélico de Alcolea.

El aspecto más notable de esta andadura final de los *Episodios Nacionales* son los diecinueve años que separan las series segunda y tercera. Las razones del largo intervalo son sin duda profundas, aunque Galdós las reducía a importunaciones de amigos y público<sup>15</sup>. Pero no era casualidad que la segunda serie se detuviera al advenimiento de la etapa liberal, como tampoco lo es el reanudar el proyecto a partir de fecha tan clave como la 1898, que con pleno derecho suma las últimas series a la literatura del Desastre. El largo parón se producía cuando la materia no era ya la lucha contra un invasor ni la inhumanidad de un tirano, sino la realidad mucho más amarga de una España en lucha consigo misma bajo un conflicto de torvo fondo religioso (Blanco Aguinaga 191). Desde la euforia de 1868, Galdós había iniciado su obra en testimonio del avance redentor que para España significaba el auge vital de las clases medias bajo el triunfante liberalismo. Más aún, a partir de 1862 (fecha de su llegada a Madrid) aquella historia era también la suya propia. Galdós ha vivido la Septembrina como caída definitiva de los “obstáculos tradicionales”, pero sólo para ver el sacrificio de todas las esperanzas al letargo y bancarrota de ideales políticos en que desembocaba la vuelta de los Borbones. En otras palabras, una historia para siempre deescarrilada por el asesinato de Prim.

Quien comenzara su tarea bajo un acto de fe en la burguesía liberal, la ve degenerar bajo sus propios ojos (entre paréntesis de dos desastres navales) en un armatoste no menos odiosamente grotesco que el Antiguo régimen. Los españoles terminan el siglo XIX sobre poco más o menos donde lo iniciaran bajo Carlos IV y la lucha por la justicia y la libertad habrá de comenzar de nuevo en el XX, pero ya no a cargo de la exhausta y desmoralizada burguesía. ¿Acaso no se gesta en aquellos días otra intervención militar en Marruecos?

## LA GUERRA DE ÁFRICA

La magna crisis del 98 venía a plantear de rebote la cuestión pendiente de Marruecos. Tras la calma o más bien parálisis posterior a la guerra ganada en 1860 había vuelto a reencenderse en 1893 la guerra en Melilla, si bien ambos poderes lo pensaran dos veces y prefirieran un pronto arreglo diplomático. El ambiente regeneracionista daba nueva vida a ideas expresadas por Joaquín Costa en 1882<sup>16</sup>, favorables a una limitada penetración cultural y económica, a la vez que los desaciertos políticos forzaban la mano en el sentido opuesto de una opción colonialista de base militar. Los apetitos con que las potencias europeas (incluso Alemania) miran hacia Marruecos y la ausencia de política africana ha debido perfilarse muy clara a Galdós cuando el gobierno español se niega a refrendar el acuerdo negociado con Delcassé por uno de sus buenos amigos, el embajador en París Fernando León y Castillo. Tras el Desastre finisecular, las cosas del pasado tomaban también un nuevo color: “La guerra de 1860 fue un acto de estéril y perjudicial quijotismo”, afirmaba en la fecha de Aita Tettauén Manuel Maura Gamazo (14)<sup>17</sup>. El mismo Costa postergaba por aquellos años todo designio norteafricano en aras de su famosa advertencia sobre el sepulcro del Cid y sus llaves: “Resistamos la nueva política militar, en que los fracasados de la vieja nos embarcan locamente para seguir desangrando a las clases trabajadoras”<sup>18</sup>. Galdós responde puntual a su llamamiento al incluir en el plan de su cuarta serie la guerra de África como materia de un episodio que en principio no se llamaba más que *Magreb* (Cardona 122)<sup>19</sup>. La triste campaña de 1909 en el Riff y su secuela de la Semana Trágica de Barcelona latían proféticamente a la vuelta de la esquina.

Como consecuencia de la militarada de 1854, España había entrado cuatro años más tarde en un período de relativa estabilidad con el gabinete presidido por el general don Leopoldo O'Donnell (1809-1867). Artífice de un frágil acuerdo por encima de eternas disensiones entre los sedicentes liberales, el nuevo gobernante invita al país a la paz de una reconstrucción interior y a un futuro de soñada prosperidad económica. La quiebra es que su base de poder, la llamada Unión liberal, responde por parte de todos a un oportunismo mal lañado, especie de ensayo precoz de la Restauración, que en realidad hace aguas por todas partes. En esto, los actos de violencia realizados en agosto de 1859 por unos cabileños contra las parcas defensas exteriores de Ceuta, causan profunda indignación en el país y O'Donnell hace de ello un *casus belli* con el siempre arisco vecino norteafricano. Existía desde luego un problema arrastrado de muy lejos. El tratado hispano-marroquí de 1780 había quedado de hecho incumplido (Ferrandis Torres 44)<sup>20</sup>, mientras que Godoy y Ali Bey el Abbasí maquinaban absurdos proyectos anexionistas. Los liberales moderados, en confluencia de Martínez de la Rosa y Donoso Cortés, habían estado de acuerdo en la conveniencia de favorecer, tras la conquista francesa de Argelia, la continuidad compensadora del Imperio marroquí (Sevilla Andrés 25). En vísperas de la guerra no faltaban voces lisonjeras que, por ejemplo, pintaban el Riff como un jardín de las Hespérides a la espera del pabellón español (Abenia Taure ). En cuanto a O'Donnell, sabía bien del entusiasmo patriotero desencadenado años atrás en el país vecino por la empresa argelina

y, sobre todo, cedía al señuelo de imitar hasta donde podía el aventurismo de la política exterior de Napoleón III. La moción de un estado de guerra, con pomposas invocaciones del Dios de los ejércitos, fue aprobada con entusiasmo en la sesión de Cortes de 22 de octubre de 1859. Nadie se alza contra la temeridad de semejante curso de acción ni se detiene a sopesar la causa (en realidad trivial) de la guerra. “El agravio no era de los que piden satisfacción de sangre”, comienza por reconocer Galdós en *Aita Tettauén*. (c. V). Todo, pues, oportunismo y aturdimiento, pero no un montaje maquiavélico ni menos un articulado designio imperialista. Nada más que una dosis de pillería política al uso de siempre.

El país respondió unánime y hasta los organismos forales de Cataluña y el País vasco ofrecieron, conforme a la tradición histórica, sus propios contingentes de voluntarios. La guerra fue oficialmente ganada, si bien a un alto precio de vidas (4040 de un ejército de unos 40.000 hombres) y de recursos materiales. Se emprendía bajo una completa improvisación, con tropas escasamente entrenadas, equipo elemental y, sobre todo, sin el necesario apoyo de una marina cuyos efectivos eran a la sazón casi irrisorios. Nada de ello impidió que soldados y jefes se batieran en todo momento sin escatimar sacrificios. Bajo opciones limitadas por el veto inglés a la ocupación efectiva del litoral marroquí y a una acción directa contra Tánger (Aguirre de Cárcer), el único posible plan de campaña era el de un ataque montado desde Ceuta contra Tetuán. Estrategia muy peligrosa, en cuanto suponía mover un ejército moderno por una geografía salvaje, que daba todas las ventajas al enemigo y por sí sola hacía muy difíciles las comunicaciones y el aprovisionamiento. La alta moral y calidad de los mandos, así como las ventajas técnicas, hicieron de la campaña un rosario de costosas victorias frente a un enemigo que luchaba a lo medieval (la *media luna* y el clásico *tornafuye*), carecía prácticamente de artillería y ni siquiera se hallaba equipado de bayonetas. Al abandonar Tetuán el 2 de mayo de 1862, las tropas españolas dejaban un digno recuerdo y Marruecos daba, como mal podía, los primeros inseguros pasos hacia su modernización.

La guerra de África fue, bajo tales condiciones, anómala y casi cara opuesta de la reciente guerra de Crimea (1853-1856). Los agregados extranjeros se maravillaban del derroche humano supuesto por unos combates en que los generales se hallaban siempre en primera línea, haciendo el papel de sargentos. No comprendían que era la única manera como podía ganarse una guerra de aquellas características, que para los españoles se ofrecía como simple continuación de la carlista. La campaña fue toda ella un prodigioso esfuerzo de voluntades, jugando a todo o nada y siempre a un paso del desastre. Las tropas se batían a la desesperada porque el más mínimo tropiezo suponía un retroceso a cero y la perspectiva de una completa aniquilación. Persuadidos de lo mismo, los marroquíes buscaron tozudamente ese tipo de desenlace, de donde la horrenda sangría de Uad-Ras, indecisa hasta su final.

“La cuestión de África no se ha discutido, se ha sentido”, escribía en desdichado tono celebratorio Gaspar Núñez de Arce (133). Aunque el desencanto de Galdós y el juicio moderno vean en todo aquello “una campaña colonial absurda”, (Torres Nebrera 385) reinó en la época acuerdo acerca de su favorable efecto psicológico, tras tanta contienda civil,

así como del prestigio ganado cara al mundo por España. Aun con esto el desenlace de la guerra decepcionó a casi todos. Las cosas quedaron en lo esencial como antes, con muy escasas concesiones por parte de los en apariencia vencidos. Ni la situación internacional, ni los recursos económicos de España, ni los planteamientos estratégicos permitían soñar en “conquistas” a lo antiguo ni “anexiones” a lo moderno. Una política de “influencias” como la adoptada en el siglo siguiente era mucho pedir para los tiempos. O'Donnell y los suyos (digamos Alarcón, Navarro y Núñez de Arce) hubieron de movilizarse en la etapa final de la contienda para dar marcha atrás y meter un poco de sensatez en la cabeza de los españoles a través de la prensa de Madrid. El mayor acierto del general en jefe (esta vez militar y político) fue detenerse cuando lo hizo (Medrano Ezquerria 82). En una época hecha y movida por las tarabillas oratorias, alguien acuñó la frase de “una guerra grande, una paz chica”<sup>21</sup>.

### **Elaboración de Aita Tettauen**

Galdós fue cronista fiel de la guerra de África. Nunca amigo de darse a cronista de batallas, no deja de ofrecer en *Aita Tettauen* un razonable esquema de lo fundamental de la campaña ni de hacer justicia a la valentía del soldado español y a la capacidad y temple de sus jefes. Queda O'Donnell en donde le corresponde como hombre capaz de sacar adelante una partida militarmente casi imposible y de conducirla sin acrimonia y con una relativa humanidad. Se mantienen las reservas políticas acerca de “su” guerra africana y solamente Prim, de siempre favorito de Galdós, brilla bajo un enfoque moderadamente “épico” como único triunfador personal de aquella guerra.

Por razones de edad don Benito no tuvo experiencia directa de la guerra de África. La preparación para el fondo histórico, que en este caso abarcaba lo militar, geográfico y cultural, le supuso por ello una intensa labor previa y un largo período de redacción. Venía preocupado con su plan al menos desde 1901 y cuando, por lo común, los *Episodios* venían saliéndole a un par de meses de trabajo, *Aita Tettauen* se prolongó de octubre de 1904 a enero de 1905, y hasta más si se agrega su continuidad hasta la mediación de *Carlos VI en La Rápita*, episodio finalizado en mayo de 1905. El proyecto era uno de los más complejos de las cinco series y Galdós era en esto tajante: “Es el tomo de *Aita Tettauen* el más difícil y engorroso que he hecho en mi vida” (Ruíz Orsatti 104).

La guerra de África había movilizó en sus días a todo el estamento de la pluma, desde Fernán Caballero (1796-1877) hasta el joven Pedro Antonio de Alarcón, para celebraciones académicas, crónicas, editoriales periodísticos, memorias, teatro, espectáculos musicales y ficciones a todos los niveles<sup>22</sup>. Galdós ha leído bastante de todo aquello y es posible rastrear al menos una buena parte de su nada escaso trabajo preparatorio. Hay noticia de un álbum en que ha acumulado comentarios de prensa y material gráfico sobre la guerra de África (Cardona 142)<sup>23</sup>. El cuadro del planteamiento de la guerra bajo el gobierno de O'Donnell y la Unión liberal procede de la *Historia general de España* de don Modesto Lafuente, identificable por las noticias sobre el escándalo de los “cargos de piedra” y la

favorable acogida de la guerra por la prensa madrileña. Fuente destacada, por incluir amplia documentación diplomática relativa al conflicto y los partes oficiales del cuartel general de O'Donnell ha sido, para todo lo relativo a la campaña, la *Historia de la guerra de África* de Evaristo Ventosa<sup>24</sup>.

Las dificultades eran grandes, porque Galdós deseaba dar una visión rectificadora acerca de Marruecos y de su identidad islámica. Presta por ello atención privilegiada a crónicas o memorias de la guerra de África como son los ya citados *Recuerdos de la guerra de África* de Núñez de Arce, los *Episodios militares* del general don Antonio Ros de Olano (1884), el análisis crítico de la campaña por el coronel don Victoriano de Ameller (1861), el libro del francés Charles Iriarte *Sous la tente* (1863) y el titulado *Guerra de África. Escritos desde el campamento* de Rafael del Castillo (1859). Con toda probabilidad también los *Episodios militares del ejército de África* (1892) del veterano Dionisio Monedero Ordóñez. Conoció sin duda el viaje de Ali Bey y tal vez de tiempo atrás había leído, es de creer que en inglés, al otro aventurero Sir Richard F. Burton<sup>25</sup>. Decidido a resucitar la figura del renegado del período clásico, conoció la no poco divertida obra de José María de Murga, *Recuerdos marroquíes del moro vizcaíno El Hach Mohamed El Bagdady*<sup>26</sup>. Su información sobre los judíos marroquíes la extrajo en buena parte de un libro reciente, los *Cinco años en Marruecos (apuntes de un médico)* de Francisco Triviño y Valdivia<sup>27</sup>. Recibió también ejemplar dedicado por su amigo y correligionario Rodrigo Soriano de sus impresiones del viaje realizado a Marruecos con la misión diplomática del general Martínez Campos en 1893-1894 (Soriano).

Aparecieron además entre 1860 y 1905 muchas otras obras sobre el tema de la guerra y la vida marroquí<sup>28</sup>. Proceden de militares, diplomáticos, periodistas y médicos a base de contactos episódicos, pero nunca de arabistas propiamente dichos, que en esa época no solían ocuparse del mundo islámico coetáneo. Todos esos libros son para Galdós preciosos por su información de primera mano a la vez que una herencia negativa, que en cierta medida hará lo posible por sacudir o al menos poner en su punto. Suman todos ellos, en distintas proporciones, el prejuicio colonialista de época a la vieja patriotería de la reconquista y sus glorias, con miras de claro anexionismo “civilizador” que una y otra vez alza su voz contra los parvos resultados de la guerra ganada en 1860<sup>29</sup>. Sus autores, despectivos hacia el Islam y el judaísmo que apenas conocen, se sacan de un modo inconsciente la espina, enjuiciando sobre Marruecos como los extranjeros solían hacer con España. Los más o menos improvisados expertos en temas marroquíes no olvidan nunca la pintura del execrable gobierno, universal barbarie y la tríada de elementos de una alteridad emblemática que para los españoles significaban el *cuscús*, la *henna* y el *kiff*, asimismo acogidos de modo que habría que llamar canónico por Galdós. Es aventurado decidir en cada caso el conocimiento o uso de estos libros más allá de una familiaridad de conjunto, cuyo máximo valor consiste en documentar, por contraste, la inflexión del discurso hispanoárabe que comienza a darse en los *Episodios Nacionales*. Sus páginas, en efecto, habrán de contar entre las primeras en romper con el clásico “orientalismo” saidiano, o al menos en distanciarse de él en la medida inicial que era posible hacerlo. Cuando Rudyard Kipling

glorifica *The White Man's Burden* (Said 226) y los norteamericanos hablan (seriamente) de “cristianizar” las fagocitadas Filipinas, Galdós escribe *Aita Tettauen*.

### Alarcón y su *Diario*

Capítulo aparte viene a ser el *Diario de un testigo de la guerra de África* (1860) de Pedro Antonio de Alarcón (1833-1891) (García Figueras, *Recuerdos centenarios* 1-6)<sup>30</sup>, en cuanto núcleo imperecedero de dicho brote temático. Iniciador en España de la moderna literatura de reportaje, publicado por fascículos con buenas ilustraciones, constituyó un éxito de librería que hizo famoso a su autor y enriqueció a sus editores. Su innegable calidad, marcada por un sello ideológico centralmente sometido a revisión en *Aita Tettauen*, fuerza a Galdós a acoger al *Diario* y a su “testigo” no como fuente, sino a modo de elementos ficcionalizados de su novela.

En la doble redacción de su obra<sup>31</sup> Alarcón se revelaba un soberbio narrador, que traía a su tarea una sensibilidad de base romántica, a la vez que una sumisión completa a los planteamientos oficiales de la guerra. Previamente conocido por lo corrosivo de su periódico *El látigo* (Hespelt)<sup>32</sup>, el joven autor se maneja ahora en los términos de docilidad que entonces se ponían bajo el calificativo de “ministeriales”. Alarcón se ha convertido en todos los terrenos (según allí pregona, incluso el religioso) y sólo respira patriotismo, entusiasmo por la contienda y culto por sus jefes. Su africano *Diario* es por eso el libro que en toda la literatura española contiene tal vez más signos de admiración por página. Figura allí el autor como soldado, pero es obvio que tiene muy pocas obligaciones militares y disfruta de todos los privilegios, como socarronamente recuerda Galdós al describir los “lujos” de su tienda de campaña. Alarcón es verídico en el detalle de cuanto dice, pero desvirtúa bajo oropeles verbales, o simplemente se deja en el tintero, cuanto convenía al mundo oficial. Puro cálculo como permite entrever, por ejemplo, su también oportuna “conversión” final a la paz, a compás de la conveniencia política de O'Donnell.

Basta comparar la ponderada etopeya de Galdós sobre O'Donnell con el himno adulatorio que se le rinde al comienzo del *Diario* (I, VI). La actitud personal de Alarcón es allí compleja. Granadino y con pinta de moro que él mismo gusta de cultivar, profesa el fervor anti-islámico del cruzado y la dosis de *mépris culturel* que, superpuesta a un orientalismo literario y añoranzas de patria común, termina por pintar también otro juego turbio. “Pueblo vil y miserable, que es la vergüenza de la civilización”; “vil sangre sarracena”; “inhumanos marroquíes”; “la menguada media luna”; “bestias feroces”; “misantrópica raza”; “este cubil de panteras”; “descomunal cacería”; “el islamismo es un cadáver”; “el innoble cuadro de la familia musulmana”. La lista es interminable, pero habría de completarse con otra en que se habla de “más belleza y más poesía que en Europa”; profesión de “cierta admiración estética” al musulmán; semejanzas entre moros, andaluces y valencianos, “gente a la que me liga desde mis primeros años la más ardiente devoción. . . literaria”. Pero además, Alarcón se recrea en subir a las nubes la guerra como “espectáculo”, y en cantar la “poesía peculiar” con que aquella “sobrepaja en ciertos momentos a todas las inspiraciones

del arte y de la naturaleza”. Lo mismo que también puede irse al cielo encomiando “la terrible bayoneta, que se limpia de fango al atravesar el cuerpo de los asesinos”. Y hasta había sido capaz de escribir, para abominación de Galdós, nada menos que lo siguiente:

En el campamento no hay mujeres; y esto, que a primera vista parece, y lo es en cierto modo, su mayor contrariedad, constituye también su especial encanto y la esencia de sus peculiares goces. Desde luego, nótase entre los hombres más concordia, más buena fe, más confianza: son, como quien dice unos . . . Adanes, libres de Evas y de serpientes tentadoras (I, IX).

Frente a todo esto, don Benito moldea su *Aita Tettauen* como una respuesta al *Diario* de Alarcón, contradiciéndolo sin rebozo en su oficialismo y patrioterías ortodoxias (apóstoles de la civilización cristiana, etc.). Es preciso, pues, llamar las cosas por sus nombres, demoler estrategias y arrebatar la hoja de parra del huero orientalismo romántico, formas todas ellas de culpable evasión ante los problemas que más precisaban de ser traídos allí a primer plano<sup>33</sup>. No otra ha de ser la tarea confiada a la mansedumbre militante de Juanito Santiuste, primero al abrigo de la misma tienda del “moro” Alarcón, y después con su fuga (no defección) al campo adversario. El *Diario* se persona así en la génesis de *Aita Tettauen* a modo de referente semiparódico de un moderno libro de caballerías de cariz no feudal, sino bélico y colonialista. Y Galdós sabe bien lo que hace cuando no desaprovecha la ocasión de describir la alegría causada entre las tropas por la llegada de un contingente de mujeres de la vida.

### ***Aita Tettauen*. Señas de identidad**

Sin acercarse ni aun de lejos al éxito del *Diario* de Alarcón, *Aita Tettauen* tuvo buena acogida por parte del público<sup>34</sup>. Galdós basa su novela sobre el dato real del apoyo unánime de la guerra, que injerta en la vida cotidiana de la familia Halconero-Ansúrez, conocida de anteriores episodios y que acaba de saltar socialmente a la pequeña burguesía madrileña. La fase preparatoria (primera parte de la novela) se circunscribe al estrecho ámbito casero, donde la vida, el amor y la muerte siguen tejiendo su misma eterna tela sobre un fondo que el relato plasma en la imagen de una ruidosa charanga en que cada cual abusa de su instrumento (Lecuyer 237). El fervor patriótico y el recuerdo de viejas glorias históricas se han subido a la cabeza de sus tres generaciones con unanimidad graduada desde la tibia aprobación de Jerónimo Ansúrez al fervor incoherente del viejo Halconero y los delirios infantiles del lisiado Vicentito. Galdós rehúsa describir la oratoria “sinaítica” de la sesión de Cortes de 22 de octubre de 1859, limitándose a su eco en la casa de los Halconero, porque para lo otro ha habido ya buenos oficiales, como aquella segunda edición de Alarcón que es Gaspar Núñez de Arce (134)<sup>35</sup>. A modo de cronista de la guerra queda reclutado, en calidad de corresponsal del marqués de Beramendi (antes Pepe Fajardo), un viejo conocido, Juanito Santiuste, frustrado amor de la desenvuelta Teresita Villaescusa en *O'Donnell* (1904). Comienza éste por ser un gran

adepo de los deliquios castelarianos, en aleación con vagos despuntes krausistas y tolstoianos. Soñador y mujeriego incorregible, se halla destinado a una pronta decepción ante las crudas realidades de la contienda, que ninguna cosmética verbal podrá nunca paliar. Su inicial ardor pasa a ser una quijotesca aventura de predicación pacifista entre la mescolanza de cristianos, moros y judíos que son la fascinante realidad descubierta por la toma de Tetuán.

Santiuste, que encuentra en África su vocación de apóstol, descende en espíritu de la frondosa familia de curas en la obra de Galdós (Elizalde Armendáriz) y si materialmente no es uno de ellos se debe a su irreductible inquina contra el celibato eclesiástico. Es de nuevo el José Fago de *Zumalacárregui*, cuyas dudas acerca de la licitud moral de la guerra, y más aún una guerra religiosa, terminaron por extinguir su vida, pero que para esta reencarnación suya se hallan resueltas más allá de toda duda. Juan expone sus ideas en discusión con el capellán don Toribio Godino, uno de esos sacerdotes liberales tan caros a Galdós, que pronto pasará a llamarle *Confusio*<sup>36</sup> y nada tiene que oponer al absurdo de aquel *Dios de las batallas* tan pomposamente requerido como aliado no en el templo, sino en el parlamento por O'Donnell. No ocurre lo mismo con "Perico" Alarcón, para quien el pacifismo de Santiuste es ramo de locura utópica, que pide ser tratada con buena alimentación y vinos generosos. "La humanidad es joven" (agrega el escritor) y no puede permitirse todavía ciertos lujos, entre ellos el de tomar en serio el *No matar* que alega su desengañado amigo. Este le recuerda, certero, su presencia allí como parte del material de guerra, porque, el ejército necesita de poetas lo mismo que de artilleros para los cañones. La respuesta del cronista no es sino "-Ahora fumemos", e idéntico diagnóstico de místico incurable, abocado a imposible sacerdocio laico, con que en Madrid se había quitado de encima al mismo Castelar.

*Místico* es un vocablo fundamental, aunque muy elástico, para el Galdós de 1905<sup>37</sup>. Utilizado como adjetivo, resume la evolución finisecular de éste hacia ese cristianismo de "amplias miras humanas" en que ahora milita Santiuste bajo un impacto de Tolstoi que en vano se esforzaba Galdós por negar<sup>38</sup>. El protagonista de *Aita Tettau* es también pariente cercano de Nazarín<sup>39</sup>, cuyo mensaje de justicia social desvía hacia el de paz y amor universales tan desmentido por aquel cuadro de carnicerías bélicas. La misma idea de un Dios personal se vuelve a esa luz un absurdo y la de una Providencia bipartita en mora y cristiana pierde su carácter de aporía teológica para degenerar en caso de risa volteriana. Con la semantización funcional tan propia de la onomástica de don Benito, el patronímico *Santiuste* responde a la etimología santo + *justo*, pero a su vez la raíz *sant-* connota algo así como llamarlo *santoide*. Tiene éste incluso una visión de su amada Lucila Ansúrez (de siempre una personificación de España) bajo iconografía de Madre Dolorosa en llanto por el sacrificio de tantos de sus hijos. Agobiado de sufrimientos, más que de las penalidades de la campaña, Santiuste llega a un lamentable estado moral y físico. Pedro Antonio de Alarcón, que desde el primer momento ha compadecido la falta de juicio de su amigo, le arregla los papeles para que vuelva a curarse a España. Sólo que no lo consigue porque olvida llevarlo enjaulado en una carreta de bueyes.

### Ricardo Ruíz Orsatti

Galdós concibió desde el principio abordar la guerra de África en la perspectiva de los vencidos y se reservó para ello la persona de un hijo de Jerónimo Ansúrez, que había abandonado España en pro de buscarse la vida en tierra de moros. Para escándalo de su patriótica familia, ha renegado allí y ahora se llama *Sidi el Hach Mohammed Ben Sur El Nasiry*.

Galdós tenía entre manos un serio problema de documentación y es cosa de compadecerle por “los libros de historia, que traen las denominaciones árabes con infinidad de sílabas y letras que le vuelven a uno loco” (Ricard, “Note sur” 476). Prefería, como se sabe, los materiales de carácter oral y, en el caso de *Aita Tettauén*, la suerte vino a depararle la clase de ayuda que más necesitaba en la persona de Ricardo Ruíz Orsatti, tangerino nacido en 1871 y a la sazón dragomán de la Legación de Rusia en Marruecos<sup>40</sup>. No un “testigo” de la guerra, pero sí un hispano-marroquí culto, dueño de la lengua y familiarizado de primera mano con la vida, costumbres y gobierno de la tierra. Habiendo Galdós anunciado a *La Correspondencia de España* su propósito de dedicar un volumen a la guerra de Marruecos, Ruíz Orsatti le escribe para brindarle su eventual ayuda. Y para hacer bien las cosas le enviaba desde Tánger, acompañando a carta de 17 de febrero de 1901, “la traducción hecha sin ninguna pretensión literaria. . . de un capítulo de la historia de Marruecos de El Nasiry que a tal asunto se refiere y en el que tal vez halle V. algún dato utilizable” (Ricard, “Cartas de Ricardo Ruíz Orsatti” 102)<sup>41</sup>.

La fuente mencionada corresponde a la obra de Ahmed ben Jálid el Nasiri titulada *Libro del compendio acerca de la historia del Almagrib Alaksa* (Codera)<sup>42</sup>. Alto funcionario del Imperio nacido en Salé en 1835, había enseñado Derecho, Teología y Bellas Letras en la gran mezquita de su ciudad. Su obra, abreviadamente llamada en árabe *Kitab Elistiqsá*, había visto la luz en El Cairo en cuatro volúmenes el año 1895. No se dispone del texto enviado por Ruíz Orsatti, que se anticipaba en muy poco a una versión francesa realizada por Eugene Fumey y cuyo contenido es además accesible a través de otra, publicada como propia y directa, por el intérprete Clemente Cerdeira en 1917<sup>43</sup>.

“Don Benito quedó maravillado”, dice Ruíz Orsatti (103). Topaba allí con su *desideratum*: una crónica escrita desde el ángulo de los vencidos. Para regalo de Galdós (y después de sus lectores) su texto respondía a las más clásicas tradiciones de la historiografía árabe, con inserción de cartas, poemas y continuas apostillas personales de un musulmán cumplidor y devoto. Cabe decir que el plan de *Aita Tettauén* no cuajó hasta disponer del texto proporcionado por Ruíz Orsatti, cuya presencia y uso en el *Episodio Nacional* basta por sí solo para desmentir a Alarcón y a Núñez de Arce en lo relativo a su presentación de Tetuán como un erial literario:

El libro me ha sido utilísimo, proporcionándome no pocas notas de carácter religioso, algunas con cierta inflexión cómica y pintoresca, ha sido [*sic*] el bendito Korán. Es un libro interesantísimo y de él he de sacar mucho partido en el tomo siguiente. (Ricard, “Note sur” 476)

Galdós siguió en correspondencia con Ruíz Orsatti para preparar la visita que era de rigor en estos casos. Llegó en efecto a Tánger el 11 de octubre de 1905 a bordo del vapor *Pielago*. Había planeado primero alojarse con alguna familia judía de la ciudad, pero después, y pese al ofrecimiento del propio domicilio de su amigo, lo hizo en un hotel. Pasó Galdós en Tánger nueve días repletos de impresiones para él inéditas y memorables. Se sabe también de una excursión en compañía de algunas personas cultas y existe una fotografía de un paisaje no muy grato, con varias damas y caballeros en riguroso traje de calle y don Benito, con una gorrilla, incómodamente medio tendido entre unas piedras (Laredo 38). Proyectaba el escritor pasar por tierra a Ceuta y después a Tetuán, pero el camino se pintaba inseguro y por eso se prefirió realizarlo a través de Algeciras, trasladándose después por mar a Ceuta<sup>44</sup>. Por desgracia, el paso del Estrecho resultó esta vez tan penoso que Galdós renunció para siempre a ver los escenarios sobre los que tanto le costaría situar su obra.

### **Rehabilitación galdosiana del renegado. Ansúrez El Nasiry**

Gonzalo Ansúrez El Nasiry responde a la tesis inicial de su padre Jerónimo Ansúrez acerca de una cercanía o semi-hermandad entre moros y cristianos que da a la contienda un carácter de guerra civil más bien que de conflicto internacional<sup>45</sup>. Sólo que el personaje encarna igualmente la idea (complementaria y no opuesta) de lo irreductible de ambas religiones ni de la posibilidad de actualizar dichas más que afinidades bajo ningún otro curso que el de una tolerancia e independencia asumidas en su más absoluta plenitud.

La presencia tradicional de un gran número de renegados era desde siglos atrás una nota típica de la sociedad urbana del Mediterráneo islámico y suponían por eso uno de los grandes motivos de curiosidad para los españoles de 1859. No dejaron los cronistas de prestarles atención y José María de Murga, el Moro Vizcaíno, dedica a los mismos uno de sus primeros capítulos (9-64). Figura de notable abolengo literario, fue tratada con pinzas y rehuida con cálculo por la autocensura de Alarcón, frente a quien Galdós la erige en polémico pilar de su obra. *Aita Tettauen* se complace en llamar a su renegado con el mismo nombre de su fuente real (el cronista marroquí)<sup>46</sup>. El mayor acierto de Galdós ha consistido en ceder la palabra a la figura ambigua del renegado y en hacerlo, además, bajo el palio de autenticidad que garantiza el recurso a una “traducción” del árabe clásico. La imitación (o se diría el “contagio” apropiador) es allí un objetivo cubierto con plena conciencia y ese dominio del disparate hecho “de industria” que era para Cervantes el ápice del arte narrativo. Don Benito se ha dejado seducir por la fórmula del artefacto historiográfico en toda su autenticidad mensajera de otra literatura. Y ha sido ésta la que le ha llevado, además, a una mejor comprensión del Islam, enseñándole a gustar la suprema belleza del *Corán*, tan difícil de apreciar en traducciones. En uno de los mayores virtuosismos de toda su obra, Galdós ha podido tomar la palabra de propios labios del Profeta para completar, parafrasear o hasta inventar textos coránicos virtualmente indistinguibles.

El sello lúdico de tales despliegues reviste un decisivo carácter funcional. En un paralelo de coincidencias o hermanamientos irónicos, El Nasiry escribe para un prócer marroquí lo mismo que Santiuste empezara a hacerlo para otro español. Según se nos confiesa al final y fuera ya del contexto cronístico, dicha tarea no es sólo un pastel confeccionado para deleite de los lectores de *Aita Tettauen*, sino también para el de un mecenas fanático y patriotero, destinatario final de un texto no menos trucado en sentido islámico que el *Diario* de Alarcón por los rumbos de una trasnochada patriotería cristiana. Las maravillosas páginas de El Nasiry, eje creador de *Aita Tettauen*, “traducidas” del árabe no se nos dice por quién, representan un refinado artificio narrativo, semiológica y diegéticamente al servicio de los sentidos profundos de la obra. Galdós, maestro de siempre en el arte cervantino de la superchería o “pastiche”<sup>47</sup> se complace aquí en extremarse bajo una técnica de cajas chinas obviamente aprendida del *Quijote*.

Es así como Ricardo Ruíz Orsatti vino a representar en la vida real el papel del cervantino morisco del Alcaná de Toledo, y el *Kitab el-Istiqsa* el del manuscrito arábigo de Cide Hamete Benengeli, cuyo homólogo no podía aquí ser otro que el propio don Benito. En reflejo asimismo especular, la pregonada fidelidad de aquella impecable fuente es a la vez pura y deliberada mentira de un “narrador infidente” (Avalle Arce 1)<sup>48</sup>, lo mismo que también aquel “meta-pastiche” es una guía cierta y preciosa para orientar al lector sobre el sentido de la obra. El Nasiry es quien va a decir allí las verdades del barquero relativas a España y Marruecos, a sus religiones y respectivas axiologías. Contra la figura literaria (cervantina) del renegado arrepentido (King)<sup>49</sup>, no se siente nostálgico de su patria ni desea volver a su religión, porque no ve conflicto entre lo que en tiempos fue y lo que ahora es, ni ello ha implicado para él ninguna traición a sus convicciones profundas. Es obvio que el no historiado tránsito a su nueva identidad civil y religiosa no le ha sido difícil ni afectivamente costoso, porque la contextura vital hispana no se halla tan distante en el fondo de la marroquí, sobre todo en el terreno meramente gradual de corruptelas, despotismos y monstruosidades políticas y sociales.

Las lamentaciones son vanas, porque en Marruecos (como en España) no hay más que una manera de vivir, y eso es todo. Los musulmanes aceptan la diversidad religiosa, no ejercen proselitismo y el renegado se convierte con miras tal vez interesadas, pero siempre de modo voluntario<sup>50</sup>. Se trata, por tanto, de una figura opuesta a la del converso de moro o de judío, forzado al bautismo bajo el sistema inquisitorial de la España cristiana. Es por eso que el Nasiry no traiciona a la patria que le diera lo que la suya le había negado y su único norte de acción mira sólo a la paz y a disminuir los sufrimientos de todos. Con un pie en cada campo, el renegado equidista de ambos, en actitud de conocimiento profundo y a partes iguales entrañable y escéptico. De este modo el personaje no es tampoco un adversario ni responde a las connotaciones odiosas de la voz *renegado* (“abominable” para Alarcón), por lo cual no deja de alegrarse de la toma de Tetuán como preludeo de una paz para todos beneficiosa. Su abandono de la fe cristiana es por entero neutro, dado el carácter accidental de las diferencias de credos y la confluencia de valores éticos a que éstos finalmente refluyen. Si Gonzalo Ansúrez ha (como decían) *cantado la copla*<sup>51</sup>, no es menos cierto que

sigue siendo en espíritu buen cristiano, a la vez que cumplidor musulmán sin asomo de mayor conflicto. La cuestión de etiqueta religiosa nada cuenta para Galdós.

Por encima del horror de la guerra, El Nasiry es así en *Aita Tettauen* la voz de la sensatez clarividente, que se ríe de todos los excesos y perdona sin rencor lo que ni moros ni cristianos tal vez perdonarían. Es él quien en *Carlos VI en la Rápita* pasa un juicio definitivo sobre las nobles pero incoherentes delicuescencias de su amigo Santiuste-Yahia-Confusio. Lo mismo que también acerca de la fraternidad entre España y Marruecos, otra bella promesa imposible bajo un colonialismo militarista.

### Razones de amor

Así como el *Diario* de Alarcón es un libro de guerra, *Aita Tettauen* es un libro de amor. Según prueba su vasta literatura, la guerra “romántica” de África llevaba también consigo una subterránea corriente erótica. Latía en ella el mito de las sensualidades del Oriente, con sus harenes poblados de lánguidas odaliscas, que tan difíciles resultaron después de encontrar en aquellas tierras. No era sólo la moda orientalista de la época, de que en realidad Galdós se ríe. El español de filas heredaba además una tradición ancestral de la mujer no cristiana como supremo objeto erótico y de la ida “a tierra de moros / a buscar amiga”<sup>52</sup>, del romance. Es por tanto un pie forzado, con el que Galdós había necesariamente de contar en su proyecto narrativo.

*Aita Tettauen* puede ser considerado también en esto un episodio típico del espiritualismo finisecular. Su eje es claramente un alegato pacifista contra lo irracional de toda guerra y su incompatibilidad con la esencia de las religiones reveladas. Su protagonista Santiuste, que jamás toca un arma, descubre como se ha visto en los campos de batalla un sacerdocio *sui generis* de la paz y amor universales, entendidos del modo más literal ante el eterno enigma de la mujer. La pregonada filiación castelariana lo vuelve nieto de Lammenais, con su idea de un avance hacia la libertad por medio de la inteligencia y del amor, idealmente servidos por el catolicismo en cuanto la más alta de las religiones (Jarnés 95).

El autor se servirá de su protagonista como nudo de los distintos discursos del amor en la obra. Si Santiuste se halla igual dispuesto que Nazarín a peregrinar por el mundo para predicar su doctrina, se aleja a su vez de éste en su naturaleza de enamorado rondador de faldas. Conforme a la preexistente figura burlesca del por igual aficionado a cristianas, moras y judías<sup>53</sup>, se halla Juan harto dispuesto a practicar sus ideas amando con diverso éxito a bellezas de las tres religiones. La mujer oriental le subyugará muy pronto con los bíblicos hechizos de Yohar Riomesta, la blanquísima flor del *mellah* de Tetuán. A pesar del “matrimonio” no sacramental, es en realidad un libre amor de bohemios, que nada más cambia el decorado de buhardillas por los zaquizamíes de la judería<sup>54</sup>. Conforme a dicho patrón se aboca a un rápido desenlace, en que se impone el peso de las realidades y con el que, de camino, se asesta un duro golpe a toda noción de honor calderoniano, o mejor dicho al convencionalismo burgués del siglo, al que la judería de Tetuán permanece supuestamente invulnerable.

Y queda todavía por delante el capítulo del harén, acerca del cual no había gran cosa que decir, porque los muy pocos que encontraron los españoles fueron una completa decepción. No alcanzará a pisar ninguno de ellos Santiuste, condenado al suplicio de Tántalo de pasearse por el patio adyacente, en el papel de un famoso personaje cervantino. La aventura del harén de El Nasiry en Tánger no servirá para tomar la medida de la lujuria oriental, sino la del buen sentido, prudencia y generosidad, más que nunca “cristiana”, con que el renegado Ansúrez repudia los prejuicios en que se igualan (no contraponen) Oriente y Occidente, Islam y Cristianismo.

No menos comprometido a una nota de esta clase, Alarcón terminaba por contar de cierta “novia” tetuaní a la que arrojaba dulces de azotea a azotea “como pudiera echar pan a los patos” (*Diario* II, XV; “a los peces” en 1860). Ajena a semejantes tosquedades, la conducta de quien ya es más conocido por Confusio no se halla exenta de una medida de seria racionalización. Conforme al concepto platónico<sup>55</sup> intuitivamente compartido por todos los místicos, el Amor es por naturaleza único e indivisible, de donde el flamante apóstol de la paz no sólo no ve obstáculo entre amor divino y amor humano, sino que sostiene la necesidad de prepararse para el primero en el amor no únicamente contemplativo de la hermosura femenina. O dicho con sus propias palabras: “Cegada la fuente del amor humano, ¿cómo hemos de apreciar y comprender el divino?” (II, c. X). De donde pasar a la arremetida contra el celibato eclesiástico, de siempre muy puesto en tela de juicio por Galdós y ahora causa de vivos chispazos en su choque contra el pedernal africano.

De nuevo, sin embargo, soplan por aquí sutiles vientos de época. Los esteticismos y delicuescencias de fines de siglo habían infundido nueva fuerza al viejo sueño romántico de la cristianización del erotismo y Zola había asestado su artillería pesada al celibato eclesiástico en *La faute de l'abbé Mouret* (1875). Sin duda es éste quien resuena en las palabras de *Confusio* en su alegato de “ser locura enmendar la plana a la santa Naturaleza” (*Rápita*, c. XII). El avance de la novela abiertamente erótica, a que Galdós siempre se había resistido, en manos de jóvenes (Márquez Villanueva 92-93)<sup>56</sup> le animaba a “estar al día” y desechar ciertos disimulos, pero no dejaba de inducirle también reservas. Su Santiuste (al contrario de Nazarín) es un destornillado, que habrá de acompañar en Leganés al Maxi Rubín de *Fortunata y Jacinta*. Galdós había mirado siempre con disfavor los personajes donjuanescos (Ontañón de Lope)<sup>57</sup> y ni el capellán don *Toro Godo* ni El Nasiry se muestran en esto convencidos de sus soñadoras prédicas. Correrá, como se ha visto, a cargo de este último el iluminar con su sensatez los problemas centrales de la obra, en lo sexual como en todo lo demás. La figura con quien vicariamente se identifica Galdós en *Aita Tettauén* y *Carlos VI en la Rápita* no es Juan Santiuste, sino el renegado Gonzálo Ansúrez El Nasiry.

### **El tema judío**

La guerra de África conoció su momento glorioso con la entrada de O'Donnell y sus tropas en Tetuán bajo el júbilo de una masa de judíos que los acogían como libertadores, ilusionados con una vuelta, bajo otra Isabel, al regazo español. El encuentro de los españoles

con la comunidad sefardí significaba el reconocimiento palpable de una realidad histórica opuesta a los apolillados tópicos religioso-patrioteros bajo los cuales se había iniciado la guerra. Se tenía por delante el ejemplo vivo de una ciudad creada por españoles (granadinos, judíos, renegados y moriscos) de diferentes religiones y que establecía una continuidad de vida con la España multicultural anterior a 1492. Salvo algún anacronismo cual el de consagrar como iglesia una mezquita, la ocupación militar española fue un éxito de administración ilustrada, bajo la cual se iniciaba la garantía de los derechos de las diversas comunidades y se procedía a las más necesarias reformas en materia de policía y urbanismo<sup>58</sup>.

Cabe acuñar aquí la frase de que, a compás de los tiempos, el viejo mudejarismo se remozaba ahora de liberalismo. O'Donnell y después el general don Santiago de los Ríos formaron desde el primer momento un gobierno municipal representativo, en que por primera vez se reconocía el derecho a participar en pie de igualdad a la comunidad judía<sup>59</sup>. Sumaba ésta unos seis mil individuos, hasta entonces oprimidos y sin reconocimiento legal, a pesar de su aportación por entero imprescindible para la economía del país. Si mucho de todo aquello estaba condenado a desaparecer tras la retirada de las tropas, no ocurrió así con los judíos, cuya iniciada incorporación a la vida moderna no hizo sino afirmarse a partir de entonces en el Magreb.

La campaña y toma de Tetuán incidía de este modo sobre el interés mostrado por Galdós en el tema judío, que desde *Gloria* (1876) cifraba para él el problema de la intolerancia religiosa<sup>60</sup>. No era fácil entonces hacerse en España de una información objetiva acerca del judaísmo a la altura de su interés hacia el mismo. Había sido por eso un camino lento, en el que el escritor no encontró muchas ayudas y que artísticamente había culminado en la figura del mendigo Almudena de *Misericordia* (1897). No ayudaba a Galdós la literatura de la guerra de África. Por el contrario, había de reaccionar contra su antisemitismo, que pintaba a los judíos con feos colores y hasta echaba pestes de su lengua adulterada. Galdós deseaba dejar las cosas en su punto respecto a vicios y virtudes, admitiendo, por ejemplo, el tema de la usura, pero reduciéndolo a individuos aislados (Aaron Fresco), o doblegándose al tópico del materialismo crematístico, sumado al de la volubilidad femenina, que da al traste con los amores de Santiuste y Yohar<sup>61</sup>. El problema de fondo era muy distinto y consistía en evadirse del usual planteamiento “costumbrista”. El mismo Alarcón, que en algunos momentos se sentía condescendiente con los moros, se cerraba a reconocer a los deicidas ninguna virtud, si no es la belleza de algunas de sus mujeres y en especial la de la joven Tamo, destinada a legendaria fama. Si el granadino gustaba de fantasear una inoperante cercanía con el musulmán literario, ni él ni nadie se reconocía en cambio la menor afinidad con el pueblo sefardí.

Soldados, cronistas y viajeros sólo visitan Tetuán, pero a diferencia de ellos Santiuste habita y encuentra en ella el amor y hasta una agridulce identidad hispano-hebrea. *Aita Tettauen* se singulariza por reconocer en la realidad africana las virtudes, para su autor supremas, de la tolerancia religiosa y del sexo permitido a todos. Galdós remontaba con ello cuatro siglos de antisemitismo oficial, a tono también del cambio de los tiempos. En el plano internacional las repercusiones del *affaire Dreyfus* habían incorporado en todas partes

la debelación del prejuicio como urgencia de toda agenda liberal. En España eruditos como José Amador de los Ríos y Adolfo de Castro habían reclamado desde mediados del siglo XIX la legitimidad de lo sefardí como historia nacional<sup>62</sup>. Castelar había realizado también en sus viajes su descubrimiento particular de los hispano-judíos y manifestaría su rechazo del antisemitismo en su célebre discurso sobre libertad religiosa frente al P. Manterola el 12 de abril de 1869. Más aún, el doctor Angel Pulido Fernández (1852-1932) iniciaba en 1904<sup>63</sup> su magna y todavía insuperada campaña pro-sefardí, en la que en todo momento contó con el decidido apoyo de Galdós.

### El judeoespañol de 'Aita tettauen'

Cabe afirmar que Galdós no tuvo nunca ninguna cercana relación personal con judíos<sup>64</sup> y hasta es posible que no hablara nunca con un sefardí. La vacua conversión al judaísmo de su amante Concha Morell en 1897 no fue sino uno de los veleidosos capítulos de su vida desquiciada (Lambert)<sup>65</sup>. El largo camino que va de *Gloria a Aita Tettauen* viene a causa de una maduración interna de la obra, cuyo giro más visible es un creciente interés en el aspecto lingüístico. Sus judíos han en un cierto momento de hablar como tales y ahí tenemos al maravilloso Almudena de *Misericordia*, cuya fe sincrética se manifiesta a través de un ideolecto mestizado de hablas semíticas, pero que en rigor no responde a ninguna documentación directa ni había hablado antes nadie<sup>66</sup>.

Galdós ha mostrado desde siempre un serio interés en la autenticidad dialectal de sus personajes (Rodríguez Marín; D. Lida)<sup>67</sup> y el compromiso sube ahora de tono por no tratarse del habla de un individuo aislado, sino de toda la comunidad judeoespañola de Tetuán. Se trata, pues, de una aventura quijotesca, acometida con armas no menos inadecuadas que las del gran manchego. Galdós no disponía de otros materiales de estudio que las migajas que recogían los libros de viajeros<sup>68</sup> y dos o tres piezas de base. Eran éstas el *Orden* litúrgico de la comunidad de Amsterdam en 1652<sup>69</sup>, sumado a las noticias y pequeña crestomatía en el libro del diplomático D. Isidoro de Hoyos y de la Torre, así como muy probablemente las correspondencias incluidas por Pulido en *Los israelitas españoles y el idioma castellano*, relativas también al sefardismo balcánico y no al magrebí. Quiere decir, pues, que el judeoespañol de *Aita Tettauen* es en lo esencial una legua a medias imaginada, lo mismo que los *Episodios Nacionales* no pretenden ser lo que se dice una "Historia" en regla del siglo XIX español, sino una reflexión literaria sobre la misma.

Las fuentes usadas por Galdós son de elemental carácter informativo acerca del sefardismo, sin atender a garantías ni a ninguna técnica lingüística en el tratamiento de sus textos. El judeoespañol magrebí o *hakítia* no sería objeto de estudio sistematizado sino hasta muchos años después, a partir de los trabajos de José Benoliel (1888-1937). Llevado sin duda de las repetidas noticias acerca del carácter inculto del dialecto, que el mismo Pulido decía caído en "un barbarismo lamentable"

(79)<sup>71</sup>, Galdós acomete su labor de “reconstrucción” unipersonal a base de parámetros lingüísticamente simples y, desde luego, muy alejado de ningún conocimiento directo. Sigue aquí un inventario de los rasgos más notables del judeoespañol de *Aita Tettauen*.

## FONÉTICA

### Vocales

Prótesis: *adetrás, aluego, amotejes, apellizcar, apersones, aproclamemos, arrecoger, asiguro, asofoques, asosiégate, asóndale*.

Aféresis: *lustración, pacible*.

Variaciones de timbre: *coitas, dolces, doros, envita, escura, ficiste, fidionda, homildad, intraremos, invidies, lición, mesmo, morió, música, polida, sabidoría, traís, vegilia*.

Reducción de hiatos y diptongos átonos: *roidosa, vidros*.

Reducción de diptongos tónicos: *aguardentes, fazenda, fogos, herbas, Marroco, miembros, mostra, porta, preta, troco*.

Diptongación: *enfureciarse, mieloso*.

Metátesis: *naide, perdicación*.

Síncopa: *clergos, polvra*.

### Consonantes

Prótesis: *deprender, desencia, diluminado, dir, encariciada, enjubilar, golerás, golver*.

Aféresis: *onde*.

Apócope: *Dio, so, semblán, virtú*.

Metátesis: *adivinancio, almibre, generancio, Gilbertar, glárimas, latronicio, perdicación, perfumosa*.

Síncopa: *venrás*.

Epéntesis: *agora, ansí, delantres, juicio, oyí, riyendo, trompicar, vigolines*.

Conservación de *f* : *farán, fazienda, ferido, fidionda, fiel, fierro, fijos, fincar, forno*.

Aspiración de *h* : *jacía, jago, jondo, jumos, zajumarás*.

Conservación de *pl*-etimológica: *ploraba*.

Reducción del grupo culto *gn*, : *inorante, malinidades, sinos*.

Ultracorrección: *delictos*.

## MORFOSINTAXIS

Confusión de género: *animala, cónsula, sonriso*.

Arcaísmos morfológicos de la conjugación: *érades, hais, trujo, seyamos, sodes*.

Prefijación *a* -, *en* -: *abrutada, adobrar, adolorar, aviciada, endolorar, encariciada, enguapeciendo, enjubilar, enternerada, involuntada*.

Nominalización: *entre* ('entretanto'), *vivires, procuras, pensares, amedranto, obscuro*.

Conjugación: *haber* (posesivo), *haiga, rompido, desarrollado*.

Participio activo: *dañante, conocientes*.

## LÉXICO

Arcaísmos: *barraganes, cordojo, cibdad, ploraba, aína, dó, recabdador, juicio, acordar* ('despertar'), *quillotro*.

Arabismos y hebraísmos: *adafina, áscari, belghas, borques, caftán, cuscús, chej, demmi, elkeftá, fondac, fluses, Gehenna, goy, guería, harca, henna, kiff, kyppur, kmiya, majzén, mazzal, mellah, nana, niscaliá, Purim, Ros-Ashanah, Rayab, Schebab, semah, sephardim, sheriff, Sidi, Siwan, Sucot, tzementash, yoka*.

Derivaciones neologistas: *abrutada, ahijidos, alocamiento, cojosa, culposo, decorío, encariciada, enguapecer, enjubilar, enternerada, envita, involuntó, extremación, figuranza, genterío, gozón, justedad, lustración, lloricosa, mujerado, peligración, pensirio, perflorio, perfumosa, potestanía, premoroso, refrescación, rostril, silvestrina, segura, tostamiento, ultrajaciones, vejetud*.

Galdós se las ha compuesto a partir de una mezcla de arcaísmos procedentes del castellano medieval y de formas vulgares de predominio andalucista, a la sazón muy infiltradas en el habla popular madrileña (Onís 354). Su "judeoespañol" responde, pues, al tipo de los lenguajes inventados para fines puramente literarios (casos del *sayagués*, de la *fabla* y de la poesía germanesca y gauchesca o el madrileño de Arniches). Se da allí un puro *tour de force* elaborado (como el de Almudena) a base de lúcidos atisbos, y no de conocimientos que eran entonces casi inaccesibles para el no especialista (de los pocos y no muy informados que había). El aspecto morfosintáctico en especial no se halla falseado, pero dista de ser completo. Técnicamente el judeoespañol galdosiano adolece de limitado y de exageración, más que de inexacto. Su máximo acierto es haber captado la suprema capacidad de las lenguas semíticas para la creación léxica mediante derivación, de que en *Aita Tettauen* usó tan a su placer y del nuestro. No hay que decir que muy pocas de esas voces se documentan como propias del judeoespañol (Nehama). Fiel en conjunto (dentro de la dependencia y limitaciones de sus fuentes) se acredita el capítulo de los préstamos semíticos<sup>72</sup>, indispensables para efectos de caracterización y *couleur locale* en boca de los personajes. Nada de ello detrae, por supuesto, de su funcionalidad sobre un plano artificio, que es la única que allí se busca y de veras cuenta para autor y lectores. Se comprende así que R. Ruíz Orsatti acertara en felicitar entusiasmado a Galdós:

Es exactísimo e inimitable el lenguaje que Vsted pone en boca de los judíos tetuanés. Perfecta la literatura oriental del Nasiry. Los giros, las frases, las invocaciones de éste son de una asimilación acabada. Estoy seguro que no le escasearán sus elogios por este concepto nuestros mejores orientalistas. (Ricard, "Cartas de Ricardo Ruíz Orsatti" 110)

Dichos testimonios distan de haberse materializado, un siglo después<sup>73</sup>.

### **Carlos VI en La Rápita**

Las ambiciosas aspiraciones de *Aita Tettauen* rebosaban el plan habitual de un volumen y pasaron a prolongarse hasta la mitad del siguiente, en que, tras su regreso a

Madrid, Santiuste queda encargado por el marqués de Beramendi de otra misión similar. Se trataba esta vez de espionaje político relativo a las conspiraciones carlistas que culminaron con *Carlos VI en La Rápita* (1905). Dichas tenebrosidades se gestaban en la misma familia real, dispuesta (casi en reedición de las “abdicaciones de Bayona”) a ceder la corona al pretendiente carlista Carlos Luís de Borbón, Conde de Montemolín (1818-1861)<sup>74</sup>. En ausencia de un acuerdo final en tal sentido, entró este último en inteligencias con el capitán general de Baleares don Jaime Ortega como pieza clave de un golpe de estado. Tras diversos azares, Montemolín se trasladó a Palma junto con su hermano don Fernando y un par de fieles colaboradores. El 1 de abril de 1860 Ortega embarcó con un pretexto a las fuerzas bajo su mando, con las que llegó a San Carlos de la Rápita acompañado en secreto del pretendiente y los suyos. Las tropas alcanzaron Amposta sin encontrar ni resistencia ni complicidades, hasta el momento en que la oficialidad comenzó a sospechar y apresara a Ortega. Montemolín estuvo varios días escondido en una casa de Ulldecona, siendo al fin capturado por la guardia civil. Ortega fue fusilado y Montemolín puesto en libertad tras la firma de una renuncia a sus pretensiones, que al verse libre inmediatamente pasó a revocar.

El desenlace de *Aita Tettauen*, o más bien ausencia evaporada de éste, es imagen traslaticia de la banalidad final de la guerra de África y de su pronta caída en olvido<sup>75</sup>. Todo queda igual que antes, lo mismo que Santiuste continúa con sus ensoñaciones y problemas sentimentales flotando en las nubes. La religión organizada continúa mostrándose del todo disfuncional. Ni abrupta ni caprichosa, la entrada del protagonista en la nueva aventura sigue respondiendo a la idea ya familiar de la básica continuidad hispano-africana. Ulldecona está igual de atrasada y sucia que Tetuán y Santiuste ignora allí el catalán lo mismo que antes el árabe. En medio de otra cruel contienda, el auto-declarado apóstol de la paz sigue rondando un harén, sólo que el de acá pertenece a un alto eclesiástico y la diferencia es que Santiuste lo violará esta vez con más fortuna. La figura central de *Carlos VI en la Rápita* no es el dinasta carlista ni el general Ortega (igual de mediocres y desmeollados), sino la figura inventada del arcipreste de Ulldecona, don Juan Hondón. Personaje complejo que, a partir de una reencarnación del clérigo arabizado que ya Galdós intuía en Juan Ruíz, arcipreste de Hita, es todo un rifeño lo mismo en su poligamia que en el amor a la guerra por la guerra. Ejemplo además de individualismo irreductible, Hondón desprecia y apenas hace caso de su propia jefatura política, erigiéndose en argumento vivo de la guerra de África como continuidad de la carlista. O, si se prefiere, del carácter “africano” de ésta.

Aparte de otras consideraciones, no deja Galdós de mostrarse también aquí dócil con sus fuentes. Con excepción desde luego de Alarcón, los cronistas de la guerra de Africa suelen incluir también, como epílogo acompañado de duros comentarios, la intentona de La Rápita (García Figueras, *Recuerdos centenarios* 139-140; Lecuyer 173-174)<sup>76</sup>. El golpe causó consternación en el ejército todavía en Marruecos y desde el cual el hijo de Ortega, que allí se había batido como joven oficial, en vano suplicó clemencia para su padre. En medio de la euforia causada por el desenlace de la campaña y sus apariencias de abrir una etapa de consolidación nacional, reaparecía en toda su fealdad la herida sobresanada de

siempre y el predominio del partidismo sobre cualquier elemental consideración ni sentimiento de patria. Caía una vez más por tierra la flor de una esperanza y volvía a mostrarse estéril la sangre derramada. En sucesivos episodios galdosianos, Santiuste se dedicará, en su lento caer en la locura, a escribir una *Historia lógico-natural* de la España que debió haber sido, pero nunca ocurrió (una “historia virtual” como hoy se dice) (Ribbans, “La historia como debiera ser”).

Galdós ha dado remate a su duro y honrado trabajo con la ecuanimidad de sopesar la bizarría huera de África y el oprobio ominoso de La Rápita. El peso de tantos desengaños no le hará cejar en aquel laboreo, asumido como una instancia ética, en el tajo de una historia cada día más amarga. No la que pudo ser y no fue, como la del quijotesco Santiuste, sino la que se ha de realizar con inteligencia y trabajo por todo español responsable. Quedaba allí para siempre una obra bien hecha: la fina preocupación de *Aita Tettauén* por el inextricable gravitar español de musulmanes y judíos proponía al siglo XX una rectificación de conciencia nacional e histórica todavía hoy en marcha. Y Galdós seguiría adelante con su cálido amor patrio, en el anónimo heroísmo solitario de la humildad laboriosa.

Harvard University.

## NOTAS

<sup>1</sup> Se dispone para la biografía de Galdós, que aún mantiene sus secretos y zonas oscuras, del estudio pionero de H. Chonon Berkowitz, *Pérez Galdós: Spanish Liberal Crusader*. Muy superado por la monumental *Vida de Galdós* de Pedro Ortiz-Armengol.

<sup>2</sup> Tras 1898 Galdós “ne semble plus disposer d'une base socio-littéraire ni large ni bien définie, puisque les forces sociales au pouvoir sont plutôt globalement contraires aux idées 'historiques' de Galdós”, escribe Jean-François Botrel (38).

<sup>3</sup> Tras esa fecha no cabe hablar de pesimismo, sino de “meditación amarga, desesperada”, escribe José F. Montesinos (16). Véase el artículo de Galdós “Soñemos, alma, soñemos” en *Alma Española* (Madrid, 1, 8-IX-1903), incluido por Rodríguez Puértolas (*El desastre en sus textos* 142-145).

<sup>4</sup> Sobre la tardía y no muy cercana relación entre ambos, Ana M. López, “Unas notas sobre Darío y Galdós”.

<sup>5</sup> *Memorias de un desmemoriado*, en *Obras Completas* (6: 1600).

<sup>6</sup> Hans Hinterhäuser señala la precedencia de títulos como los *Ecos Nacionales* (1846-1873) de Ventura Ruiz de Aguilera y las *Leyendas Nacionales*, iniciadas por Francisco Fernández y González a partir de 1870 (47). Cuestión resumida por Dendle (“A Note on the Genesis”).

<sup>7</sup> Panorama, características y bibliografía sobre el género en días anteriores a Galdós en Hinterhäuser (35-39). Es, en rigor, inexacta, la convicción de Galdós de haber iniciado la novela histórica de temas recientes (38). Valiosa introducción sobre la novela histórica europea en Geoffrey Ribbans, *History and Fiction in Galdós's Narratives*.

<sup>8</sup> Sobre Walter Scott en España y particularmente en Galdós, Alonso (*Ensayo sobre la novela* 55 y ss.).

<sup>9</sup> Conforme a la tesis clásica de Lukacs, *The Historical Novel*. Ver también Olson.

<sup>10</sup> La biblioteca privada de Galdós poseía parte de los *Romans nationaux*, cuyo contraste con aspectos fundamentales de éste (ausencia de sentimentalismo romántico) son analizados por Hinterhäuser (44-46). Otros aspectos de Eckermann y Galdós en Carlos Clavería, “El pensamiento histórico de Galdós” (171).

<sup>11</sup> Lúcida matización del problema por Llorens. Oportunas observaciones de Goldman.

<sup>12</sup> Importante en esto el veredicto de admiración rendido por ciertos historiadores profesionales. Así Seco Serrano (275-317). Juicio sobre episodios de la IV serie en Jover Zamora (261).

<sup>13</sup> La importante rectificación (*Episodios* en ocasiones de escasa densidad histórica y *novelas contemporáneas* muy preñadas de ella) aparece ya en Casaldueiro (44). Todo novelas “históricas a medias” para Alonso (“Lo español” 212).

<sup>14</sup> Se centra sobre el problema Ribbans (“¿Historia novelada o novela histórica?”). En aplicación de ideas orteguianas, el problema de distinción entre historia y ficción es declarado indiferente por G. Smith, “Ficción e historia en la narrativa galdosiana”. Aspectos técnicos de la cuestión estudiados por Gullón.

<sup>15</sup> Nota inicial de Zumalacárregui, en *Obras completas* (2: 328).

<sup>16</sup> Conferencia en la Unión Mercantil de Madrid de 11 de mayo de 1882, con rica información adicional de García Figueras (*La acción africana* 1: 169-172). Actitud de Costa a comienzos del siglo (*La acción africana* 2: 139-149). Sobre la inicial actitud africanista de Costa, Pedraz Marcos. Correspondencia con Galdós, Cheyne.

<sup>17</sup> Un colaborador de José de Canalejas comentaba sarcásticamente la rapsódica descripción de la primera misa dicha en Tetuán en el *Diario* de Alarcón, cuando la califica el mayor triunfo alcanzado en África, sólo que “esta misa nos costó cuatro mil vidas” en una victoria “por lo demás tan estéril” (*Jara* 239-240).

<sup>18</sup> Discurso Juegos Florales de Salamanca, 1901, en Rodríguez Puértolas (*El desastre en sus textos* 155) y García Figueras (*La acción africana* 2: 142-143).

<sup>19</sup> Naturalmente, es también de tener en cuenta la boga del orientalismo en la narrativa del momento; véase Litvak.

<sup>20</sup> Repaso general del conflicto por García Figueras (*Recuerdos centenarios*). Indispensables estudios de Lécuyer y Serrano.

<sup>21</sup> En *La Discusión* de 5 de noviembre de 1860 (Lécuyer 61).

<sup>22</sup> La contribución de cronistas, poetas y pintores queda esbozada en diversos capítulos de García Figueras (*Recuerdos centenarios*). Crítica y bibliografía en Lécuyer, con apartados especiales sobre la prensa, Alarcón, Núñez de Arce, Fernán Caballero (*Deudas pagadas*) y el *Romancero de la guerra de África* (Madrid, 1860) editado por el marqués de Molins don Mariano Roca de Togores como ápice de multitudinaria y mediocre celebración oficial que ahora comenta Goytisolo (10).

<sup>23</sup> No hay prueba de que conociera el caudal de datos oficiales y excelente cartografía, estadísticas y materiales gráficos del Cuerpo de Estado Mayor, *Atlas histórico topográfico de la guerra de África* (Madrid, s. f.). Lo mismo acerca de otra ambiciosa publicación por entregas y de signo independiente (clara alternativa al *Diario* de Alarcón) titulada *Crónica de la guerra de África* (Castelar, et al).

<sup>24</sup> La obra contiene además multitud de noticias sobre el Imperio de Marruecos, lo mismo que muchas apostillas políticas (algunas bastante acerbas) sobre el desarrollo de la contienda. También algunas mediocres ilustraciones y una serie de buenos retratos de los mandos del ejército. Ventosa proponía también un temprano plan reformista bajo el título de *La regeneración de España* (García Figueras, *Recuerdos centenarios* 4).

<sup>25</sup> En carta a Ricardo Ruíz Orsatti escribía Galdós el 11 de febrero de 1905 sobre falsos viajes a la Meca “como un personaje inglés de cuyo nombre no me acuerdo, que hizo lo mismo no ha muchos años” (Ricard, “Note sur” 476). La obra en cuestión sería *Narrative of a Pilgrimage to Meccah and Medinah* (Burton).

<sup>26</sup> Es sumamente rara su edición de Bilbao, 1868, mencionada por la de Villanueva y Geltrú, 1911, ofrecida a sus suscriptores por la revista *África* de Barcelona, aquí manejada. Se sabe también de la edición de 1887 por Cesáreo Fernández Duro y otra de Madrid, 1906. Es posible que Galdós conociera también el libro muy parecido del otro seudo-renegado Joaquín Gatell, el Kaïd Ismail, *Viajes por Marruecos, el Sus, Wad-Uan y Tekna*.

<sup>27</sup> Figuraba en la biblioteca de Galdós, con abundantes subrayados (Nuez Caballero, “El tema de Marruecos”).

<sup>28</sup> Así los de Torrijos, Castillo, Beltrán, Pérez Calvo, Landa, Llana y Rodríguez, Navarrete, Boada y Romeu, Álvarez Cabrera, y Jara. Útiles también todos ellos para la anotación textual de *Aita Tettauén*.

<sup>29</sup> El sentido y valor histórico de la bibliografía decimonónica sobre Marruecos comienzan a ser objeto del estudio que merecen en los recientes trabajos de dos distinguidas arabistas: Marín (“The Image of Morocco”, “Un encuentro colonial”) y García Arenal.

<sup>30</sup> Relación admitida por todos y puesta en contraste por Schraibman. Elevada después hasta un grado de inaceptable exclusividad por Torres Nebrera.

<sup>31</sup> La edición original de 1860 fue muy retocada por el autor en la segunda de 1880, preferida por las *Obras completas*. Se recurre en el presente estudio a la primera, en reedición moderna de Navarro González, cuando sus textos ofrecen variantes de interés, que son debidamente advertidas. Galdós trabajó sobre ejemplar de 1860 conservado en su biblioteca.

<sup>32</sup> Alarcón había apoyado anteriormente el abandono de las plazas de África “por inútiles y costosas” (Hespelt 321).

<sup>33</sup> “Alarcón no necesita una profunda experiencia moral o una compleja visión histórica y política, ni un denso sentido humano, ni una problemática de la vida” (Casalduero 244). La contradicción tanto personal como literaria de Alarcón es puesta de relieve por Goytisolo (18 y 66-67).

<sup>34</sup> La obra se reeditó en 1917 y 1930 (Paláu), si bien García Bolta habla de cuatro reimpressiones en 1905 (221). No faltaron sin embargo críticas intemperantes, como la de Antonio Masriera en *Diario de Barcelona* de 30 de marzo de 1905, que se ensaña con ella tildándola de “sátira rabelesiana encaminada a ridiculizar el cristianismo y el mahometismo, y de la que no sale muy airoso el ejército español”, citado por Rodríguez Puértolas (“Notas sobre los críticos” 211).

<sup>35</sup> Crónicas originalmente redactadas para la prensa en 1860.

<sup>36</sup> Estudio particular del personaje y de su función diegética en Beverley.

<sup>37</sup> Como casi nadie de su época, Galdós no tuvo noción técnica del fenómeno místico propiamente dicho. Conforme a lo que flotaba en el ambiente de aquellos años consideraba tal cualquier clase de interiorización profunda del sentimiento religioso. En realidad, tomaba por *misticismo* toda manifestación de “autenticidad” religiosa, según observa Pérez Gutiérrez (247).

<sup>38</sup> Es harto conocida la apología con que en *Halma* (1895) niega haber cedido en *Nazarín* a influencias extranjeras, cuando todo español atesora en su propia casa una gran literatura mística (Colin, “A Note on Tolstoy”). Es preciso añadir que Galdós sólo poseía en su biblioteca alguna obra de Santa Teresa, desconoce el fenómeno místico propiamente dicho y muestra en general muy escasa huella de lecturas de la literatura ascético-mística.

<sup>39</sup> El corte tolstoiano de su pacifismo es patente (Colin, “Tolstoy and Galdós”).

<sup>40</sup> Datos biográficos en Ricard (“Cartas de Ricardo Ruíz Orsatti” 99). Previamente, en Laredo (241-243). Ruíz Orsatti prestó distinguidos servicios a la enseñanza del Protectorado, legó sus papeles a la hemeroteca de Tetuán y García Figueras lo califica como “uno de los mejores valores culturales españoles en Marruecos, cuya obra periodística llena cumplidamente el primer cuarto de nuestro siglo” (*Recuerdos centenarios* 29).

<sup>41</sup> El 4 de junio de 1901 Ruíz Orsatti volvía a escribir a Galdós con ruegos de un acuse de recibo para su envío anterior. El escritor debió responderle esta vez muy pronto, pues el 7 de julio del mismo año contestaba

Ruiz Orsatti a algunas preguntas de Galdós relativas a onomástica de moros tetuanés oriundos de España (1102-1103). Aun después de su visita a Tánger, Ruíz Orsatti escribía a Galdós el 27 de octubre de 1904 y el 15 de enero de 1905 para responder con detallados informes a preguntas de éste. El 23 de febrero, leído ya el volumen de *Aita Tettauen*, felicita a Galdós por su acierto y le ofrece nuevos datos acerca de Tetuán, con vistas sin duda ahora a su uso en los comienzos de *Carlos VI en la Rápita*.

<sup>42</sup> Codera lo conoció por noticia del encargado del consulado de Francia en Mogador, aunque menciona también una noticia de la *Revue Africaine* de 1896. Ofrece aquí Codera un sumario de su contenido, pero sin mencionar en especial la guerra de África. (García Figueras, *Recuerdos centenarios* 274-283).

<sup>43</sup> *Versión árabe / de la / Guerra de África / (años 1859-60) / por el historiador y juriconsulto musulmán / Xej Ahamed ben Jaled En Nasiri Es-Selauil en su / kitab Elistic-sá liaj-bari Dauai Elac-sá / Madrid / Tipografía moderna / 1917.*

<sup>44</sup> No es cierto, pues, que Galdós hiciera, desde Tánger, una visita a Tetuán, como afirma Ortiz Armengol (617).

<sup>45</sup> Galdós ha presentado en *Aita Tettauen* bastante de las ideas de Américo Castro, como muestra Gilman y anteriormente, Cohen (“Christians, Jews, and Moors”).

<sup>46</sup> Torres Nebrera se ha esforzado por negar validez a la explicación avanzada por Ricard acerca de la presencia del *Kitab al-Isticsá* en Galdós. Su argumentación no se mantiene ante la cronología del intercambio epistolar ni con un cotejo elemental de ambos textos, tanto para *Aita Tettauen* como para *Carlos VI en la Rápita*.

<sup>47</sup> De acuerdo con lo señalado por Hinterhäuser sobre dicho factor paródico (352-356).

<sup>48</sup> Naturalmente, el texto de El Nasiry no es tampoco en realidad marroquí, sino español como apunta Regalado García (359).

<sup>49</sup> La “rehabilitación” del renegado por Galdós no es desde luego indiferente a la matización de la figura de éste en Cervantes.

<sup>50</sup> Lo anota con agudeza Murga: fugitivos casi siempre en último término, es la intolerancia de otros la que los forzó a aquel irrevocable paso (10).

<sup>51</sup> Modo común de designar la profesión de fe musulmana, según Murga (50). Es muy difícil saber el verdadero nombre de un renegado y las circunstancias de su apostasía (48), conforme a la discreción también mostrada con su personaje por Galdós.

<sup>52</sup> *Don Bueso*, en Menéndez Pidal (211).

<sup>53</sup> Caso del bufonesco Juan de Valladolid, amante de Marina, Jamila y Axa, correlativas de Cruz, Tora y Alcorán en las “Coplas del Conde Paredes a Juan Poeta cuando le cautivaron moros de Fez”, en Jauralde Pou (9).

<sup>54</sup> Galdós poseía en su biblioteca las *Scènes de la vie de Bohème* (1849) de Henry Murger.

<sup>55</sup> Sobre el platonismo de Galdós, Ruíz, y Correa.

<sup>56</sup> Por lo demás, la imposibilidad de separar amor divino del amor profano se halla presente en Galdós al menos desde *Gloria* (Schwyter 33).

<sup>57</sup> Santiuste, “ejemplar inconfundible del Don Juan psicopatológico” para Rodríguez (95).

<sup>58</sup> No quiere decir que no se cometieran abusos, ni que la guerra dejara de ser conducida con extremo rigor, pero sin que ello justifique la rectificación propuesta por Kenbib (281). Los marroquíes tenían a su vez por norma decapitar a todo enemigo que cayera en sus manos, por lo cual sólo dieciseis prisioneros españoles fueron canjeados al final de la contienda (Ventosa 1130).

<sup>59</sup> Dicho consejo municipal de representación judeo-musulmana fue presidido por Leví Cazes y realizó una positiva labor por la modernización de Marruecos (Vilar 4-9). Relación nominal de municipios en Ventosa (850-851).

<sup>60</sup> Amplio planteamiento en Schwyter.

<sup>61</sup> Es de notar que el fracaso no viene a cuenta de ningún conflicto religioso, sino de la ambición materialista de ella, en cuanto rasgo alegadamente “cultural” de su grupo.

<sup>62</sup> Resumen de García Figueras (*La acción africana* 1: 240-250).

<sup>63</sup> Con su obra *Intereses nacionales. Los israelitas españoles y el idioma castellano* (1904), seguida de *Españoles sin patria y la raza sefardí* (1905) y otras hasta 1923 (*Mica. Homenaje a la mujer hebrea*). Sobre tales “inocentes contactos con el mundo sefardita”, Ortiz Armengol (619-620). Para el firme apoyo de don Benito, Chamberlin (“Galdós and the ‘Movimiento pro-sefardita’” 92-97).

<sup>64</sup> Galdós parece conoció en la década de 1870 a los Veistweller y los Bauer, representantes en Madrid de la banca Rothschild, según Pattison (*Galdós and the Creative Process* 93-95). No se aprecian, sin embargo, huellas profundas de semejante relación con personas tan alejadas de su mundo habitual y, por lo demás, enteramente ajenas a la lengua y experiencia sefardíes.

<sup>65</sup> Los judíos de Bayona, decepcionados con la conversa, llegaron a sospechar (no habrá que decir que sin fundamento) que todo había sido añagaza de Galdós, deseo de documentarse a fondo sobre la vida interior del judaísmo (Lambert 36).

<sup>66</sup> Véase D. Lida, Chamberlin (“Galdós' Sephardic Types”, “El habla de los sefardíes”), y Cohen (“Almudena”).

<sup>67</sup> El trabajo de Rodríguez Marín, *La lengua como elemento caracterizador en las 'Novelas contemporáneas' de Galdós*, conforme al título, no se ocupa de los *Episodios Nacionales*.

<sup>68</sup> Expresiones como *intrépide, caquí sa de facer, en después* (Murga 17). Voces como *aluego, mujera, cuálo, holgarse, conmiga* en Soriano. Lo mismo en la correspondencia de Galdós con Concha Morell; ver Zlotchew.

<sup>69</sup> *Orden de Ros Asanah y Kypur traducido en español y de nuevo enmendado, y añadido Keter Malkut, otras cosas* (Amsterdam, 1651) en Nuez Caballero (648). Estudio de un texto muy cercano por Alvar.

<sup>70</sup> *Los judíos españoles en el imperio austríaco y los Balcanes* (Madrid, 1904) en Nuez Caballero (293).

<sup>71</sup> Las excusas y descalificaciones de los sefardíes de esta época por la que consideran inferioridad de su lengua son variadas e incontables.

<sup>72</sup> Por contraste con el carácter “ficticio” de toda su reconstrucción lingüística, conforme observa Martínez Ruiz (158).

<sup>73</sup> Galdós y en particular *Aita Tettauen* ha sido objeto de una injusta crítica por parte del arabista Serafín Fanjul. Se lamenta allí la ignorancia heredada del siglo XIX en lo que toca a un orientalismo caprichoso o ideologizado, cuya más militante fórmula sería la de Alarcón en su *Diario*. Culpa a Galdós de utilizarlo servilmente como única fuente de su episodio sobre la guerra de África. Lo apresurado e inexacto de tales juicios serán patentes para los lectores de la presente edición.

<sup>74</sup> Los descabellados proyectos descritos por Galdós repiten de cerca la versión de Lafuente.

<sup>75</sup> Resulta por ello más aparente que real la yuxtaposición arbitraria de ambos episodios señalada por Ricard (“Pour un cinquantenaire”).

<sup>76</sup> Así Castillo (484-483), con valiosa documentación de las correspondencias más reservadas. También una opinión de Ruiz Orsatti en su primera carta a Galdós podía haberle sugerido la idea de empalmar la guerra de África con la intentona de La Rápita (Ricard, “Cartas de Ricardo Ruíz Orsatti” 100). Los sucesos de La Rápita son también vistos como ligados directamente a la guerra de África y calificados de vergonzosos “cuando el honor de España estaba comprometido en una guerra extranjera”, por el general Martín Arrúe (100).

## OBRAS CITADAS

- Abenia Taure, Ignacio de. *Memorias sobre el Riff, su conquista y colonización*. Zaragoza: A. Gillifa, 1859.
- Aguirre de Cárcer, Manuel. "El obstáculo internacional en la guerra de 1859-60". *Archivos del Instituto de Estudios Africanos* 14 (1960): 87-144.
- Alarcón, Pedro Antonio de. *Diario de un testigo de la guerra de Africa*. Ed. Alberto Navarro González. Madrid: Ediciones del Centro, 1974.
- . *Obras completas*. Madrid: Ediciones FAX, 1943.
- Alvar, Manuel. "El 'Orden de bendiciones'. Texto ladino de 1687". *Actas del II Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*. Madrid: Pabellón de España, 1992: 27-41.
- Álvarez Cabrera, José. *La guerra en Africa (apuntes militares sobre el imperio de Marruecos)*. Madrid: Administración de la Biblioteca económica ciencias militares, 1893.
- Amado Alonso. *Ensayo sobre la novela histórica*. Buenos Aires: Instituto de Filología, 1942.
- . "Lo español y lo universal en la obra de Galdós". *Materia y forma en poesía*. Madrid: Gredos, 1969: 201-21.
- Artiles, Jenaro. "La intrahistoria: de Galdós a Unamuno". *Actas del Primer Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular, 1977: 209-19.
- Avalle Arce, Juan B. "El narrador y Sansón Carrasco". *On Cervantes: Essays for L. A. Murillo*. Newark: Juan de la Cuesta, 1991: 1-9.
- Ávila Arellano, Julián. "El desastre del 98 en la obra de Benito Pérez Galdós." *Actas del Quinto Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*. Vol. 2. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular, 1995: 165-75.
- Beltrán, Federico Carlos. *Historia de la guerra de Africa*. Madrid: impr. de M.G. Marin, 1860.
- Benítez, Rubén. "Jenara de Baraona, narradora galdosiana". *Hispanic Review* 53 (1985): 307-27.
- Benoliel, José. "Dialecto judeo-hispano-marroquí o hakitía". *Boletín de la Real Academia Española* 13 (1926): 209-33, 342-63, 507-38; 14 (1927): 137-68, 196-234, 357-73, 566-80; 15 (1928): 47-61, 188-223; 32 (1952): 255-89.
- Beverly, John. "Confusio's (His) Story: Galdós after Liberalism". *Anales Galdosianos* 21 (1986): 69-78.
- Bey, Ali. *Viajes por Marruecos, Trípoli, Grecia y Egipto*. Barcelona: J. J. de Olaneta, 1986.
- . *Viajes por Marruecos*. Ed. S. Barbera. Madrid: Editora Nacional, 1984.
- Blanco Aguinaga, Carlos. "Silencios y cambios de rumbo: sobre la determinación histórica de las ficciones de Galdós". *Galdós y la Historia*. Ed. Peter A. Bly. Ottawa: Dovehouse Editors, 1988: 187-206.
- Blanquat, Josette. "Galdós et la France en 1901." *Revue de Littérature Comparée* 42 (1968): 321-45.

## OBRAS CITADAS

- Boada y Romeu, José. *Allende el Estrecho. Viajes por Marruecos (1889-94). Impresiones y recuerdos de la campaña de Melilla. La embajada del general Martínez Campos a Marrakex*. Barcelona: Seix, 1895.
- Botrel, Jean-François. "Le succès d'édition des oeuvres de Benito Pérez Galdós; essai de bibliometrie", *Anales de Literatura Española* 3 (1984): 119-57.
- Burton, Richard Francis. *Narrative of a Pilgrimage to Meccah and Medinah*. Londres: W. Mullan, 1879.
- Bush, Peter. "The Craftmanship of Literary Values of the Third Series of 'Episodios Nacionales'". *Anales Galdosianos* 16 (1981): 33-56.
- Cardona, Rodolfo. "Apostillas a los 'Episodios Nacionales' de B. P. G., de Hans Hinterhåusen". *Anales Galdosianos* 3 (1968): 119-42.
- Casalduero, Joaquín. *Vida y obra de Galdós*. Madrid: Gredos, 1961.
- Castelar, Emilio, et al. *Crónica de la guerra de Africa*. Madrid: Impr. de V. Matute y B. Compagni, 1860.
- Castillo, Rafael del. *Historia de la guerra de Africa*. Cadiz: La Publicidad, 1860.
- Chamberlin, Vernon A. "El habla de los sefardíes de Galdós". *Galdós Studies*. Ed. R. J. Weber. Vol. 2. Londres: Tamesis Books, 1974: 29-33.
- . "Galdós and the 'Movimiento pro-sefardita'", *Anales Galdosianos* 16 (1981), 92-97.
- . "Galdós' Sephardic Types". *Symposium* 17 (1963): 85-99.
- . "The Importance of Rodrigo Soriano's 'Moros y cristianos' in the Creation of 'Misericordia'". *Anales Galdosianos* 13 (1978): 105-09.
- Cheyne, G. J. G. "From Galdós to Costa in 1901". *Anales Galdosianos* 3 (1968): 95-98.
- Chonon Berkowitz, Hyman. *Pérez Galdós: Spanish Liberal Crusader*. Madison: Univ. of Wisconsin Press, 1948.
- Clavería, Carlos. "El pensamiento histórico de Galdós." *Revista Nacional de Cultura* 121-122 (1957): 170-77.
- Codera, Francisco. "Un historiador marroquí contemporáneo". *Boletín de la Real Academia de la Historia* 30 (1897): 251-74.
- Cohen, Sara E. "Almudena and the Jewish Theme in 'Misericordia'". *Anales Galdosianos* 7 (1972): 51-61.
- . "Christians, Jews, and Moors: Galdós' Search for Values in 'Aita Tettauen' and 'Carlos VI en la Rápita'". *Symposium* 29 (1975): 84-102.
- Colin, Vera. "Tolstoy and Galdós: Their Ideology on War and Their Spiritual Conversion". *Hispania* 53 (1970): 836-41.
- . "A Note on Tolstoy and Galdós". *Anales Galdosianos* 2 (1868): 155-67.
- Correa, Gustavo. "Galdós y el platonismo". *Anales Galdosianos* 7 (1972): 3-17.
- Dendle, Brian J. "A Note on the Genesis of the 'Episodios Nacionales'", *Anales Galdosianos* 15 (1980): 137-40.
- . "Galdós et la visite du Président Loubet, 1905", *Bulletin Hispanique* 95 (1993): 693-97.

## OBRAS CITADAS

- . Galdós: *The Mature Thought*. Lexington: Univ. Press of Kentucky, 1980.
- Elízalde Armendáriz, Ignacio. "Los curas en la novela de Galdós". *Actas del Primer Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular, 1977: 269-70.
- Fanjul, Serafín. "Carpetos y berberiscos, inocentes de las luminosas enseñanzas". *Awraq* 19 (1998): 11-42.
- Ferrandis Torres, Manuel. "Consecuencias políticas y sociales de la guerra de 1860". *Archivos del Instituto de Estudios Africanos* 14 (1960): 39-52.
- Fuentes, Víctor. *Galdós, demócrata y republicano. Escritos y discursos*. Las Palmas: Cabildo Insular - Universidad de la Laguna, 1982.
- Fumey, Eugene. 'Chronique de la dynastie alouie du Maroc'. *Archives Marocaines* 9 (1905) y 10 (1906).
- Galdós, Benito Pérez. *Obras completas*. Madrid: Aguilar, 1975.
- García Arenal, Mercedes. "Historiens de l'Espagne, historiens du Maghreb au 19e siècle". *Annales*. H. S. C. 54 (1999): 687-703.
- García Bolta, María Isabel. "El africanismo de Galdós en 'Aita Tettauen'". *Actas del V. Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*. Vol. 2. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular, 1995: 221-39.
- García Figueras, Tomás. *La acción africana en torno al 98 (1860-1912)*. Vol. 1. Madrid: CSIC, 1966: 169-72.
- . *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La guerra de África de nuestros abuelos*. Madrid: CSIC, 1961.
- Gatella, Joaquín. *Viajes por Marruecos, el Sus, Uad-Nun y Tekna de Don Joaquín Gatell*. (El Kaid Ismail.). Madrid: s.n., 1878.
- Gilman, Stephen. "Judíos, moros y cristianos en las historias de don Benito y de don Américo". *Homenaje a Sánchez Barbudo*. Madison: University of Wisconsin, 1981: 25-36.
- Gogorza Fletcher, Madeleine de. "Galdós' 'Episodios Nacionales', Series I and II: on the Intrinsic-Extrinsic Nature of the Historical Genre". *Anales Galdosianos* 11 (1996): 103-07.
- Goldman, Peter B. "Galdós and the Nineteenth Century Novel: The Need for an Interdisciplinary Approach". *Anales Galdosianos* 10 (1975): 5-18.
- González de la Llana, Manuel, y Tirso Rodríguez. *El imperio de Marruecos: antecedentes históricos, geografía, razas, religión, estado social, instrucción, fanatismo, usos y costumbres, organización militar, guerra de 1860, tratados, reflexiones finales*. Madrid: J. de Rojas, 1879.
- Goytisolo, Juan. *Crónicas sarracinas*. París: Ruedo Ibérico, 1982.
- Gullón, Ricardo. "La historia como materia novelable". *Anales Galdosianos* 5 (1970): 23-35.
- Hespelt, E. Herman. "Alarcón as Editor of 'El látigo'". *Hispania* 19 (1936): 319-36.

## OBRAS CITADAS

- Hinterhäuser, Hans. *Los "Episodios nacionales" de Benito Pérez Galdós*. Madrid: Gredos, 1963.
- Jara, Alfonso. *De Madrid a Tetuán*. Madrid: R. Fé, 1903.
- Jarnés, Benjamín. *Castelar. Hombre del Sinaí*. Madrid: Espasa Calpe, 1935.
- Jauralde Pou, P. y J. A. Bellón Cazabán, eds. "Coplas del Conde Paredes a Juan Poeta cuando le cautivaron moros de Fez". *Cancionero de obras de burlas provocantes a risa*. Madrid: Akal, 1974: 9.
- Jover Zamora, José M. "De la literatura como fuente histórica". *Boletín de la Real academia de la Historia* 139 (1992): 23-42.
- Kenbib, Mohammed. "Les juifs de Tetouan entre la chronique et l'histoire". *Hespéris-Tamuda* 24 (1986): 273-99.
- King, Willard. "Cervantes, el cautiverio y los renegados". *Nueva Revista de Filología Hispánica* 40 (1992): 279-91.
- Lafuente, Modesto. *Historia general de España*. Barcelona, Montaner y Simón, 1890.
- Lambert, A. F. "Galdós and Concha-Ruth Morell". *Anales Galdosianos* 8 (1973): 33-49.
- Landa, Nicasio de. *La campaña de Marruecos memorias de un médico militar*. International Law. Supplement 4. Madrid: Impr. de Manuel Alvarez, 1860.
- Laredo, Isaac. *Memorias de un viejo tangerino*. Madrid, 1935: 241-43.
- Lecuyer, Marie-Claude, y Carlos Serrano. *La guerre d'Afrique et ses répercussions en Espagne. Idéologies et colonialisme en Espagne 1859-1904*. París: Presses Universitaires de France, 1976.
- Lida, Clara E. "Galdós y los 'Episodios Nacionales'; una historia del liberalismo español". *Anales Galdosianos* 3 (1968): 61-77.
- Lida, Denah. "De Almudena y su lenguaje". *Nueva Revista de Filología Hispánica* 15 (1961): 297-308.
- . "Oralidad y caracterización en Galdós". *Nueva Revista de Filología Hispánica* 36 (1988): 1193-1206.
- Litvak, Lily. "El jardín de Alah. Exotismo musulmán". *El sendero del tigre. Exotismo en la literatura española de finales del siglo XIX, 1880-1913*. Madrid: Taurus, 1986: 55-108.
- Llorens, Vicente. "Galdós y la burguesía". *Anales Galdosianos* 3 (1968): 51-59.
- López Morillas, Juan. "Historia y novela en el Galdós primerizo: en torno a 'La Fontana de Oro'". *Revista Hispánica Moderna. Homenaje a Angel del Río* 31 (1965): 273-85.
- López, Ana M. "Unas notas sobre Darío y Galdós". *Anales Galdosianos* 16 (1981): 81-90.
- Lukacs, Georg. *The Historical Novel*. Boston: Beacon Press, 1962.
- Marín, Manuela. "The Image of Morocco in Three 19th Century Spanish Travellers". *Quaderni di Studi Arabi* 10 (1992): 143-58.

## OBRAS CITADAS

- Marín, Manuela. "Un encuentro colonial: viajeros españoles en Marruecos (1860-1912)". *Hispania* 56 (1996): 93-114.
- Márquez Villanueva, Francisco. "Gabriel Miró, entre filografía y biografía ('Dentro del cercado)". *La esfinge mironiana y otros estudios sobre Gabriel Miró*. Alicante: Instituto Juan Gil Albert, 1990: 71-96.
- Martín Arrúe, Francisco y Francisco Fernández de Béthencourt. *Guerra hispano-marroquí (1859-60): discurso leído en el acto de su recepción por el Excmo. señor D. Francisco Martín rrúe y contestación del Excmo. señor D. Francisco Fernández de Béthencourt : el día 21 de febrero de 1915*. Madrid: Real Academia de la Historia, 1915.
- Martínez Ruiz, José. "Ficción y realidad judeoespañola en el 'Aita Tettauen' de Benito Pérez Galdós". *Revista de Filología Española* 61 (1977): 145-82.
- Maura Gamazo, Manuel. *La cuestión de Marruecos desde el punto de vista español*. Madrid, 1905.
- Medrano Ezquerria, Carmelo. "Aspecto militar de la guerra de África". *Archivos del Instituto de Estudios Africanos* 14; 54 (1960): 53-83.
- Menéndez Pidal, Ramón. *Flor nueva de romances viejos*. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1938.
- Montesinos, José F. *Galdós*. Madrid: Castalia, 1972.
- Murga, José María de. *Recuerdos marroquíes del moro vizcaíno El Hach Mohamed El Bagdady*. (Bilbao, 1868). Versión publicada en *África*. Eds. Villanueva y Geltrú. Barcelona, 1911.
- Murger, Henri. *Scènes de la vie de Bohème*. Paris, 1849.
- Navarrete, José. *Desde Vad. Ras á Sevilla; acuarelas de la campaña de Africa*. Madrid: V.Saiz, 1880.
- Nehama, Joseph y Jesús Cantera. *Dictionnaire du judeo-espagnol*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Benito Arias Montano, 1977.
- Nuez Caballero, Sebastián de la. *Biblioteca y archivo de la casa-museo Pérez Galdós*. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1990.
- . "El tema de Marruecos en dos Episodios Nacionales de Galdós". *Actas del Primer Congreso Hispano Africano de las Culturas Mediterráneas*. Granada: Universidad de Granada, 1987: 67-77.
- Núñez de Arce, Gaspar. "Recuerdos de la guerra de África". *Miscelánea literaria*. Barcelona, 1886.
- Olson, Paul R. "Galdós and History". *MLN* 85 (1970): 274-79.
- Onís, José de. "La lengua popular madrileña en la obra de Pérez Galdós". *Revista Hispánica Moderna* 15 (1949): 353-63.

## OBRAS CITADAS

- Ontañón de Lope, Paciencia. *El donjuanismo en las novelas de Galdós y otros estudios*. Cuadernos del Instituto de Investigaciones Filológicas, 21. México, D.F.: Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993.
- Ortiz-Armengol, Pedro. *Vida de Galdós*. Barcelona: Crítica, 1995.
- Pattison, Walter. *Benito Pérez Galdós and the Creative Process*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1954.
- . "The Prehistory of the 'Episodios Nacionales'". *Hispania* 53 (1970): 857-63.
- Pedraz Marcos, Azucena. "El pensamiento africanista hasta 1883, Cánovas, Donoso y Costa". *Anales de la Fundación Joaquín Costa* 11 (1994): 31-48.
- Pérez Calvo, Juan. *Siete días en el campamento de Africa, al lado del General Prim*. Madrid: T. Fontanet, 1860.
- Pérez Gutiérrez, Francisco. *El problema religioso en la generación de 1868: la leyenda de Dios*. Madrid: Taurus, 1975: 247.
- Pulido Fernández, Angel. *Españoles sin patria y la raza sefardí*. Madrid: tipogr. de E. Teodoro, 1905.
- . *Intereses nacionales. Los israelitas españoles y el idioma castellano*. Madrid: Librería de Fernando Fé, 1904.
- . *Mica. Homenaje a la mujer hebrea*. Madrid: Editorial Ibero-Africano-Americana, 1923.
- Regalado García, Antonio. *Benito Pérez Galdós y la novela histórica española (1868-1912)*. Madrid: Insula, 1966.
- Ribbans, Geoffrey. "¿Historia novelada o novela histórica? Las diversas estrategias en el tratamiento de la historia en las 'Novelas contemporáneas' y los 'Episodios Nacionales'". *Galdós y la historia*. Ed. Peter A. Bly. Ottawa: Dovehouse Editions, 1988: 167-86.
- . *History and Fiction in Galdós's Narratives*. Oxford: Clarendon Press, 1993.
- . "La historia como debiera ser": Galdós' Speculations on Nineteenth-Century Spanish History". *Bulletin of Hispanic Studies* 59 (1982): 267-74.
- Ricard, Robert. "Cartas de Ricardo Ruíz Orsatti a Galdós acerca de Marruecos (1901-1910)". *Anales Galdosianos* 3 (1968): 99-117.
- . "Note sur la genèse de l'Aita Tettauen de Galdós". *Bulletin Hispanique* 37 (1935): 473-77.
- . "Pour un cinquantenaire: structure et inspiration de 'Carlos VI en La Rápita'". *Bulletin Hispanique* 57 (1955): 70-83.
- Rodríguez, Alfredo. *Aspectos de la novela de Galdós*. Almería: Estudios Literarios, 1967.
- Rodríguez Marín, Rafael. *La lengua como elemento caracterizador en las 'Novelas contemporáneas' de Galdós*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 1966.

## OBRAS CITADAS

- Rodríguez Puértolas, Julio. *El desastre en sus textos. La crisis del 98 vista por los escritores coetáneos*. Madrid: Akal, 1999.
- . “Notas sobre los críticos de Galdós: ultramontanos, fascistas y modernos varios”. *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*. Vol. 2. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular, 1993: 209-25.
- Ruiz, Mario C. “El idealismo platónico en 'Marianela' de Galdós”. *Hispania* 53 (1970): 1870-78.
- Ruiz Orsatti, Ricardo. “‘Aita Tettauen’”. *La Gaceta de África*. (1935 enero): 103-04.
- Said, Edward. *Orientalism*. Nueva York: Vintage Books, 1979.
- Schraibman, José. “Pedro Antonio de Alarcón y Galdós: dos visiones de la guerra de Africa (1859-60)”. *La Torre. Homenaje a Albert A. Sicroff* 1 (1987): 539-47.
- Schraibman, Joseph y Alfred Rodríguez. “H. Hinterhäuser's Re-examination of 'Episodios Nacionales'”. *Anales Galdosianos* 3 (1968): 169-77.
- Schyfter, Sara E. *The Jew in the Works of Benito Pérez Galdós*. Londres: Tamesis Books, 1978.
- Seco Serrano, Carlos. *Sociedad, literatura y política en la España del siglo XIX*. Madrid-Barcelona: Guadiana de Publicaciones, 1973.
- Sevilla Andrés, Diego. “Antecedentes políticos de la guerra de 1859-60”. *Archivos del Instituto de Estudios Africanos* 14; 54 (1960): 19-38.
- Smith, Gilbert. “Ficción e historia en la narrativa galdosiana”. *Actas del III Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*. Vol. 2. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular, 1990: 325-40.
- Soriano, Rodrigo. *Moros y cristianos: notas de viaje, (1893-1894): Melilla-Argelia, la embajada del general Martínez Campos á Marruecos (con portada de Simonet)*. Madrid: F. Fé, 1895.
- Torres Nebrera, Gregorio. “‘Aita Tettauen’: texto y contexto de un episodio nacional”. Galdós. *Centenario de 'Fortunata y Jacinta' (1887-1897)*. Madrid: Universidad Complutense, 1989: 385-407.
- Torrijos, Manuel, and Serafin Estébanez Calderón. *El imperio de Marruecos, su historia, geografía, topografía, estadística, religión, costumbres, industria, agricultura, artes, milicia, etc.* Historia universal. Madrid: Biblioteca de la Instrucción Universal, 1859.
- Ventosa, Evaristo. *Espanoles y Marroquies*. Historia de la guerra de Africa. Barcelona: S. Manero, 1859.
- Vilar, Juan B. “Galdós y los judíos de 'Aita Tettauen'”. *Magen-Escudo* 36 (1973): 4-9.
- Zlotchew, Clark M. “Notes on Galdós' Contacts with Hebrew”. *Anales Galdosianos* 15 (1980): 133-40.